

Toda la correspondencia

AL ADMINISTRADOR

D. Pedro Motilba

RAMBLA DEL CENTRO

Kiosco n.º 3

# La Saeta

SEMANARIO ILUSTRADO

PRECIOS  
DE SUSCRIPCIÓN

Semestre . . . 6 Ps.

Un año . . . 11 »

EXTRANJERO

Un año . . . 17 »

Año XI

BARCELONA 4 DE ENERO DE 1900

Núm. 476



¡A LA SALUD DE LOS LECTORES!

# La Víspera de Reyes

## A LOS CUATRO AÑOS

**Elisa.**—Mamá, ¿qué me traerán los reyes?

**Mamá.**—Pide tú; les escribiremos una carta; ¿qué quieres? ¿Un cochecito con sus lacayos? ¿Un horno para cocer panes? ¿Un teatro de polichinelas?

**Elisa.**—No. ¿Sabes qué quiero? Una muñeca que abra y cierre los ojos, que diga mamá y papá. Yo seré la ma... má (*remedando con mucha*

*gracia*), y la dormiré diciendo: ¡ro... rró! ¡ro... rró...!

## A LOS QUINCE

**El novio.**—Oye, Elisa, ¿por qué no pones el zapatito en el balcón?

**Elisa.**—Tiene gracia, ¿para qué?

**El novio.**—¿Cómo para qué? ¿Tú no crees que los magos pasan por debajo del balcón de las doncellas, como pasan por debajo del balcón de los niños?

**Elisa (reflexiva).**— Puede que sí. Si quieres que te diga la verdad, tengo mis dudas; cuando yo era chiquilla deseaba que me trajesen una muñeca, una figurilla de cartón ó de porcelana. Dí, tú, ¿sabes si cuando somos grandes nos traen rorros de carne los reyes? Claro, debe ser eso: que cuando una se casa... pone el zapatito, y vienen esos señores y... oye, tú, ¿tardaremos mucho en casarnos? Porque si vieras cómo me gusta tener una muñeca, y abrirla en mi pecho y dormirla diciendo: ¡nona... nona... nona!

## A LOS VEINTE

**El marido.**— ¿Quieres decirme qué demonios te pasa, amiga mía?

**Elisa (displicente).**— Nada; es decir, nada, yo no sé explicártelo, pero tú deberías saber entenderlo.

**El marido.**—Un lío; bien dicen que la mujer es un enigma. Yo sólo sé que noto en ti un cambio horrible; antes eras cariñosa, tierna, amante, en ocasiones demasiado; estabas siempre risueña, alegre, mimosa, algunos días demasiado también; y ahora, de dos ó tres meses á esta parte, se te ha agriado el genio, el carácter, y...

**Elisa (interrumpiendo).**— Y el alma. Vamos á ver, querido, puesto que eres tan torpe. ¿Qué día del año es hoy?

**El marido.**— ¡Vaya una pre-



¡Á LOS TOROS!



CAPRICHIO

gunta! Vispera de reyes.

**Elisa.** — ¿Y eso no te dice nada? ¿No te dice que falta aquí un chiquillo, ó dos, ó tres... un ejército?

**El marido (alarmado).** — ¿Cómo un ejército? Hija, ni tiempo para improvisarlo. ¿Te figuras que tengo los recursos de un López Domínguez? Pero, en fin, ¿esa bicoca es la que...?

**Elisa (furiosa).** — ¡Bicoca! ¿llamas bicoca á eso? Bueno, señor marido; pues sepa usted que ha engañado á una pobre mujer; una mujer que desde pequeña no pide á los reyes magos más que muñecos y rorros, y que al casarse creía firmemente que usted tendría influencia con esos señores para complacerla. Un hombre que no la tiene no debe casarse. Me ha engañado usted. Ha destruído el placer más grande de mi vida: el de poder dormir un muñequín á mis brazos diciéndole: ¡ro-rro...! ¡ro-rro...! ¡No-na...! ¡no-na...!

CLAK

## UN PRETENDIENTE

—¿Se puede entrar, cabayero?  
—Entre... (¡Frascuelo me valga!)  
—¿Es usted el director del diario que se yama «La voz de la clase obrera?»  
—Servidor. ¿Qué deseaba?  
—Pues verá usted. Yo me yamo Filiberto Pérez Lanás, *el súbito*, por prenombre, ú quiere decirse, de álias, y soy hombre de prencipios, como verá por mi plática. Nací...

—Bueno; sea V. breve, que mis tareas me aguardan.  
—Suprimiremos mi historia; mas quisiá que le coztara que tengo algunos prencipios; que conozgo la gramática, y que á mi en ortografía denguno me echa la pata. Pues, ¿y en las historias...? ¡digo! ¡Cualquiera me aventaja! Hábleme usted de Rocine, de Hornero, el Diantre, el Tretarca,

ú cualquier otro ingenio de los que ha tenido España, y verá usted...

—Sí, ya veo; pero abrevie. ¿Qué hace falta?  
—Abreviaré, no se inflame. El caso es que yo trataba con la Puri, una gran hembra revendedora de alhajas, más hermosa, mejorando, que *tás* las Venus del mapa, y... en fin, que ya hace ocho días que enviudé, por mi desgracia.

—Y á mí, diga, qué me importa todo eso que á V. le pasa? Termine pronto. ¿Qué quiere?  
—Señor, pare usted la jaca, que no he empezao entadía... ¡Poquísima pacencia gasta! Pus enviudé, como digo (dispense usted la metáfora), y he vendío los ojeztos que de Puri me quedaban, y vengo á que usted me ayude.

—¿Yo? Yo no puedo hacer nada.

—¡Vaya si puede! En quisiendo... Precisamente se trata de una cosa que es más fácil que beberse un vaso de agua.

—Bueno; pues diga V. pronto qué es lo que quiere, ¡caramba!

—Pues... yo quisiéra venirme de periodista á su casa.

—¡Ira de Dios! ¡Periodista!

¡Periodista! ¡Santa Bárbara!

Márchese de mi presencia;

marche, marche noramala,

que si no, ¡por el demonio...!

—(Vamos... ya metí la pata.)

—¡Redactor él! Ahora entiendo

por qué hablaba de gramática.

¡Escribir en mi periódico!

Vamos... salga pronto, salga.

—Pacencia, no se sulfure;

creo que nadie le falta,

ni de escribir en periódicos

he dicho yo una palabra.

Lo que yo quiero es venderlos...

¿Que no puede ser? Pus pata.

C. MENDO

## VERGARA



RA éste un extenso campo á la salida de la villa, entre el río Deva y el camino de Plasencia. Allí formó muy de mañana el ejército de Espartero, y ante él fué desfilando la división castellana, con su jefe el general Urbistondo. Maroto, que parecía resucitado, á juzgar por la repentina transformación de su continente, que recobró su gallardía, así como el rostro la expresión confiada y el color sano, ocupó su puesto; al punto apareció con su brillante Estado Mayor el Duque de la Victoria, y recorridas las líneas, cautivando á todos con su marcial apostura y la serenidad y contento que en su rostro se reflejaban, mandó á sus soldados armar bayonetas; igual orden dió Maroto á los suyos. Espartero, con aquella voz incomparable que poseía la virtud de encender en los corazones la bravura, el amor, el entusiasmo y un noble espíritu de disciplina, pronunció una corta arenga perfectamente oída de un lado á otro de la formación, y terminó con estas memorables palabras: *Abrazaos, hijos míos, como yo abrazo al General de los que fueron contrarios nuestros*. Juntáronse los dos caballos; los dos jinetes, inclinando el cuerpo uno con otro, se enlazaron en cordial apretón de brazos. Maroto no fué de los dos el menos expresivo en la efusión de aquella concordia sublime. En las filas, de punta á punta resonó un alarido, que parecía explosión de llanto. No eran palabras ya, sino un lamento, el ¡ay! del hijo pródigo al ser recibido en el paterno hogar, el ¡ay! de los hermanos que se encuentran y reconocen, después de larga ausencia. Era un despertar á la vida, á la razón. La guerra parecía un sueño, una estúpida pesadilla.

Se había dispuesto que las divisiones vizcaína y guipuzcoana entrasen en el campo del convenio después de comenzado el acto, para que la solemnidad de éste y su ternura influyesen en el ánimo de los reacios, y el efecto correspondió á lo que Espartero y Urbistondo con tanta habilidad y conocimiento del humano corazón habían dispuesto. Las tropas guiadas por La Torre como las conducidas por Iturbe, se vieron envueltas en la inmensa atmósfera de fraternidad que ya se había formado. Los corazones respondieron con unánime sentimiento. No podía ser de otro modo.



PÉREZ GALDÓS

La idea de unidad, de nacional grandeza, de moral parentesco entre todas las razas de la Península, ganó súbitamente los entendimientos de castellanos y eúscaros, y ya no hubo allí más que abrazos, lágrimas de emoción, gritos de alegría, aclamaciones á Espartero, á la Constitución, á Isabel II, á Maroto, á la Religión y á la Libertad juntamente, que también estas dos matronas se dieron de pechugones en aquel solemne día.

\*\*

La que aún se llamaba Corte, el fracasado Rey y los fieles que le seguían, continuaban en Elizondo sin saber dónde meterse ni por qué resquicios escurrir el bulto. Incansable, corrió allá Espartero; don Carlos oyó el galopar de su caballo, y acercóse más á la frontera. Allí quemó el absolutismo su postrer cartucho. El batallón cántabro, último en la fidelidad, primero en el valor, defendió con estoica bravura las posiciones de Urdax contra las fuerzas triplicadas que allí mandó el Duque de la Victoria. Batiéndose con desesperación, mártires de la fe, del deber, los cántabros pudieron decir á su expugnador: *morituri te salutant*. Una columna de cazadores y una sección de tiradores de la Princesa, mandados por Zabala, dominaron el terreno, dando por terminada la acción, y con ella la guerra del Norte. Antes de que sonaran los últimos tiros, montaron á caballo el Rey, la Reina y demás personas de la familia y servidumbre, y á todo correr emprendieron la fuga sin parar hasta Francia. Había entrado Carlos seis años antes por el mismo boquete de la frontera, siendo recibido por Zumalacárregui; se retiraba escoltado por algunos números de su guardia, solo, triste, más abatido que desengañado, sin ninguna gloria personal. La corona de la dignidad con que supo sobrellevar su destierro, fué la única que poseyó en su vida.

\*\*

En la opinión del carlismo, quedó Maroto como el prototipo de la traición y la perfidia. No era justo. A sus defectos, con ser grandes, toca menos responsabilidad que á su destino cruel, y á la dis-

B. PÉREZ GALDÓS

LAS TENTACIONES DEL MAR



LA SIRENA

## El Alcabalero

(CUENTO DE SIEMPRE)

Una comisión de apremio llevó, con suerte contraria, á Argamasilla á un bohemio que pertenecía al gremio de la *tribu* literaria.

Era manco, y la vejez plateaba su cabeza; rechazándose á la vez, de su traje la pobreza, de su frente la altivez.

Acreditaba los años su capa, rota en jirones, por donde en mil ocasiones entraron los desengaños y huyeron las ilusiones.

Militar desenvoltura ostentaba sin enojos, y aunque hombre de edad madura brillaba el fuego en sus ojos y en sus labios la amargura.

Rostro enjuto, tez morena, mirada altiva y serena tenía el alcabalero, mezcla de goce y de pena, de mendigo y caballero.

En la plaza de la villa quitó el polvo á su ropilla, se atusó un poco el mostacho y le preguntó á un muchacho:

—«¿Quién manda en Argamasilla?»

El rapaz la boca abrió, luego, chupándose el dedo, al forastero miró; y con ribetes de miedo, repuso:—«¿Qué me sé yo?»

Miró en derredor el manco, y á un extremo de la plaza vió, sentados en un banco, á un cura de aspecto franco y á un seglar de hidalga traza.

Conversaban mano á mano, pues justo es que el español, rico, perezoso y sano, tome en el invierno el sol y la sombra en el verano.

Un patán, ancho y fornido, detrás de los dos se hallaba, al parecer embebido en lo que el hidalgo hablaba del sacerdote al oído.

Era el hidalgo hombre seco, amojamado y enteco, con los bigotes rizados, los ojos extraviados y el *empaquetado* necio y hueco.

Bastaba ver su semblante para decir al instante:

«Este señor está loco», pero vamos poco á poco y siga el cuento adelante.

El cura, afable y risueño, con ademán bondadoso, demostraba gran empeño en devolver el reposo al hidalgo lugareño.

La cuestión que debatían era, sin duda, un librote que abierto ante ellos tenían, y sobre el cual discutían

el seglar y el sacerdote.

En tanto, el rudo labriego, fornido y achaparrado, escuchaba con sosiego aquel curioso altercado, callándose como un lego.

El forastero les vió, y á trueque de ser prolijo, hacia ellos se encaminó; llegó al banco, saludó, quitóse el embozo, y dijo:

—«Forastero en el lugar, ruego digan por favor do al alcalde podré hallar»; y señalando al seglar, contestó el cura:—«El señor».

El hidalgo, con desprecio y la gravedad del necio, sin abandonar el banco, le preguntó, hablando recio:

—«¿Y qué se le ofrece al manco?»

Irguióse el desconocido, fijó su ardiente mirada en el hidalgo atrevido y contestó comedido, puesta la mano en la espada:

—«El rey Felipe tercero me ha nombrado alcabalero, y vengo desde Castilla para cobrar el dinero que le debe Argamasilla».

—«¿Y quién es el cobrador?»

preguntó el hidalgo inflado con muestras de mal humor.

—«En Lepanto fuí soldado, en Madrid soy escritor».

—«Pues por escritor se aclama hombre que tampoco medra, diga al fin cómo se llama».

—«Miguel Cervantes Saavedra, pobre en oro y rico en fama».

—«Pues nunca llegó hasta aquí esa fama, vive Dios».

—«¿Y qué se me importa á mí? Tanto peor para vos si ignoráis lo que escribí».

Quedóse el hidalgo inerte viéndose tenido en poco, y en su semblante se advierte la palidez de la muerte y la existencia del loco.

En vano la lengua agita para defender la ley que el pueblo en él deposita; pero hace un esfuerzo y grita: «¡Socorro!... ¡Favor al Rey!...»

El buen cura procuraba calmar á todos en balde, y en tanto el patán gritaba

á la gente que llegaba:

«¡Que matan á vuestro Alcalde!...»

Los hombres, garrote en mano, las hembras, con rostro fiero, cercaron al pobre anciano, con el propósito humano de comerse al forastero.

Cervantes se sonrió, luego los brazos cruzó y repuso con desprecio: —«La culpa me tengo yo por hacer caso de un necio».

El Alcalde, de ira lleno, se encaramó sobre el banco y gritó con voz de trueno: —«¡Ministros; mando y ordeno que á la cárcel vaya el manco!...»

Los corchetes le cercaron, codo con codo le ataron, y en alegre algarabía al pobre manco encerraron en una cueva sombría.

Cervantes allí encerrado por la comisión de apremio, sintió ese fuego sagrado que hace un mártir del soldado y un ser inmortal del genio.

Y devorando el profundo dolor de su soledad, con su genio sin segundo retrató á la humanidad, asombro causando al mundo.

Y aunque le llevó á estricote gente de mala ralea, él de esa gente fué azote al crear á Don Quijote, á Sancho y á Dulcinea.

Y mientras tanto escribía en una cárcel sombría, el rey Felipe tercero pagaba al alcabalero un escudo cada día.

—¿Qué importa tu aciaga suerte, por el dolor combatida, si Dios quiso concederte amarga muerte en la vida, gloriosa vida en la muerte?

Tú del martirio la palma supiste apurar con calma, devorando los agravios con la sonrisa en los labios, con el dolor en el alma.

En tu morada sombría noches de horrible agonía viste pasar con afán, esperando el nuevo día sin luz, sin fuego, sin pan; pensando que otros autores en la Corte de Castilla

se tenían por mejores, por ser de la *camarilla* del señor de los señores.

Duerme en paz, alcabalero, mientras tu nombre se ensancha y pregonas el orbe entero que es hoy el libro primero «Don Quijote de la Mancha».

ENRIQUE PÉREZ ESCRICH





DE CALLEJEO

## LA DE GELTRE

(RETRATO Á LA PLUMA)



ella tomó asiento sobre la hierba esponjosa que había humedecido el rocío matinal. Excitó en seguida, más con el gesto que con la palabra, á Felipe Doz para que hiciera lo propio. El joven vaciló; temía desairarla y pensaba al mismo tiempo si cometería gran pecado de irreverencia aceptando el envite.

—¡Oh, señora!, murmuró con voz de susurro, tenue, dulcísima.

La dama, sonriendo, irradiando luz (él diría que era luz el chispear de las pupilas brillantes) de aquellos ojazos cuyas miradas no sabía resistir, añadió:

—Me gustan los caballeros, pero me deleitan también los amigos.

Desde la altura en que se hallaban dominábase el vallecico, reposado, quieto. El sol iluminaba con resplandores tibios las crestas, diluyendo en el límite del horizonte un color de naranja no madurada aún. El cielo era claro, el ambiente puro; percibíase no sé qué sensación de frescura deliciosa; oíase el rumor de las matas acariciadas por la brisa sutil; llegaban al olfato, revoloteando por el aire, confundidos, aromas de tomillo, de romero, de hierbabuena y emanaciones de algas marinas, fuertes y acres todos. Despertaban los hombres á la par que la naturaleza; canturias de campesinos y gorjeos de aves; de allá, de la lejanía agradable, neblinas vagas; de aquí, del fondo casi obscuro, medio dormido, humear de chime-neas lanzando á la atmósfera penachos cenicientos...

Cuando Doz se hubo sentado junto á la dama, ésta añadió jovialmente, sin mirarle á la cara y azotando con la contera de su sombrilla las matas de un palmito verde, espinoso:

—Vaya, le permito á usted que me declare todo lo que siente su corazón; que sea usted por una vez franco, con tal de que no abulte ni exagere para pintarme sus afectos. Me dicen atrocidades por lisonjas... y daría... daría... ¡qué sé yo!, un dedo de la mano por oír en boca de un hombre frases pronunciadas con la ingenuidad de un niño.

Doz abrió la boca para contestar, la abrió mucho, y sintió como si se le llenase de tierra, como si una nube de polvo le ahogara. Quedó callado. Pero sus ojos, ¡cómo se saciaban en la contemplación de aquella singular belleza! Era la señora de Geltre mujer lindísima, de gallarda figura, busto soberano de reina destronada, rubia, alegre, arrogante... Viendo que el mancebo se tragaba las palabras entontecido, agregó:

—Vaya, le ayudaré. ¿Le parezco á usted guapa?

—¡Oh, señora, señora!, balbuceó trapajosamente Felipe.

—Es verdad; usted no puede olvidar que soy una... aristócrata; pues mire, ¿vé?, estamos sentados sobre la dura tierra que es nuestra madre común; la naturaleza le regala á usted lo mismo que á mí sus armonías y sus encantos, y ¿quién sabe si es usted más rico que yo en este momento, y descubre ocultos tesoros que mis ojos y mis oídos torpes no pueden trasladar al espíritu? Bueno, pues ahora no soy para usted más que una mujer animada, como Eva, por el soplo divino de Dios.

Se puso de pie Felipe, quiso hablar y sólo alcanzó á mover los brazos y á quedarse con la boca abierta, muy abierta. La de Geltre se levantó también, y era su continente severo, su ceño duro. Daba suaves pataditas sobre el musgo esponjoso. Animado Doz entonces por una osadía que no había sentido jamás, encontrando su lengua desembarazada y hábil, sus músculos expeditos, alargó los brazos con impulsos de estrechar aquella figurilla adorable, á tiempo que murmuraba:

—Marquesa, la amo á usted.

La de Geltre hurtó hábilmente el cuerpo. Sonrió, mostrando en sus labios toda la picardía de su alma grande, inmensa, como los cielos que tenía abiertos delante de sus ojos; inclinó un poco el busto y la cabeza, y dió un beso al pasmado mozalbete. Agregó:

—Olvídese de esto; he querido bajar un poco de mi pedestal, porque me cansaba la postura, pero ya... vuelvo á ser la señora.

Y recogiendo la falda graciosamente, comenzó á descender con majestad de reina por la falda del monte...

Más tarde decía á un amigo de su marido, hombre galante, discreto, calavera á ratos:

—Todos los hombres son lo mismo; no saben decirnos más que una misma tontería: ¡la amo á usted!

Y sonreía, mostrando en sus labios una mueca burlona, un mohín delicioso de adorable desprecio...



J. F. LUJÁN

RASGOS FISONÓMICOS



COMO CAMBIAN LOS OJOS PENSANDO EN ÉL

## De balcón á balcón

(DEL CATALÁN)

**N**o va usted hoy de paseo, señora Marieta?

—¡Ay, no! Aunque me ofreciesen el oro y el moro. He arreglado á los dos niños pequeños en un abrir de ojos y le he dicho á la doncella: ¡anda, llévatelos por ahí; no vuelvas sino cuando haya obscurecido! Le aseguro que estoy de ellos hasta la coronilla.

—Me lo figuro. Cuantas veces pienso: ¡vaya si es cruz para la señora Marieta tener que bregar con cinco descamisados!

—No me hable. ¡Criaturas! ¡Al demonio quien las pida! Y cuente... si ahora son cinco, y no tengo ni tiempo para rascarme la cabeza, calcule el día que...

—¡Cómo! ¿Otra vez?

—Es aventurado decirlo, pero si he de ser franca... ya estoy que no me llega la camisa al cuerpo.

—Vamos, vamos, no hay que apurarse. ¡Todos pudieran llorar por los ojos de usted!

—¡Qué le hemos de hacer!... ¡Si Dios los da!... Oiga; ahora va á salir mi vecina, la del piso de al lado: fíjese, fíjese.

—¿Cuál? ¿Esa del pañolón?

—Sí, señora: ¿qué tal, y qué rumbo, eh?

—¿Querrá usted creer que no sé cómo se lo arreglan para...? ¿Son ricos?

—Sí, como el grillo.

—A veces pienso que la gente está loca. Todo el mundo se queja; para todos andan los negocios mal;



LEAMOS EN LA SECCIÓN DE MATRIMONIOS  
¡SIEMPRE SE HALLAN EN ELLA UNAS NOTICIAS!



«EL MARQUÉS DE LA PULGA...» «DON NARCISO...»  
«HA DEJADO DE SER CONCHA MODISTA...»

y lo que veo es que el lujo aumenta cada día; no hay gato ni rata que no vaya al café, al *treato*... ¡Vaya, que no me lo explico! Uno ahorra, ahorra... tira de aquí, tira de allá, y á duras penas consigue salir de apuros.

—¡Cada casa es un mundo, señora Tecla! Por eso ocurre que... ¡á ver cuando había usted notado tantos líos en esta Barcelona! No puede usted calcular las trapisondas y...

—Me lo figuro, me lo figuro. Y si no, ¡diga! donde no hay fuente no sale agua. Pero lo cierto es que ellos gastan y triunfan.

—Bueno, pues esta de al lado... pero, mire por Dios que no me descubra... yo lo sé precisamente porque mi suegra trata bastante á su cuñada, y... ¡siempre es un compromiso!

—¿Quién, yo? ¿Quiere callar, cristiana?

—Pues resulta que la tal tiene cierto trapicheo...

—¡Ah!... Bien decía yo...

—Y no le viene de nuevas. ¡Qué le ha de venir!

—Vamos, que es mujer de historia.

—¡Uf! Según parece, ha corrido la Ceca y la Meca.

—¡Anda, anda! ¡Y eso que parece una señoritica! y ¡habla de un modo tan...!

—Sí, es una gatita muerta, pero si la oyese usted dentro de su casa... Como gracias al hueco que hace la alhacena en la cocina es fácil entender casi todo lo que se habla en el otro piso, el otro día me pareció que andaba refunfuñando, y la verdad, pensé, dije: veamos qué les ocurre á los vecinos: y yo que escucho. ¡Reina mía, qué boca! ¡Nada, ni un carretero echa más *ajos*!

—¡Jesús, María y José! ¿Y era con él la *sarracina*?

—Sí, señora: hubo la de San Quintín... duró el lance hasta las diez.

—¡Y él que parece tan buen sujeto!

—Sí, sí, lo parece. ¡Pero qué me contará si se ve

## La Saeta

en este mundo cada desengaño! Figúrese que está al cabo de todos sus enredos.

—¡Pásmese!

—¿No sabe que es de aquellos á quien no les gusta tener callos en las manos? Clarito se lo cantó la pícara; nó, no tiene pelos en la lengua.

—La verdad es que las pobres mujeres á lo mejor caen, porque dan con un gandul. ¿Quién dice que esta mujer no había tenido pero, y por culpa de su hombre...? ¡quién sabe!

—¡Cá! De casta le viene al galgo. Su madre era una lagarta que vino á Barcelona con deseos de servir cuando aquello de los facciosos, al principio de la guerra. Entró en casa de un jovenzuelo con quien de allí á poco casó... ¡Y no digamos, si la puso hecha un brazo de mar! Cuando paseaban los domingos por la Rambla, no había quien no volviese la cabeza para mirarla. Era ella guapaza, aunque ordinariota, pero de buena planta, ¡y tenía unos ojos... que parecían estar hablando! Le puso el pa-

panatas de su marido tres ó cuatro criados: ¡digo! ¿cuándo podía ella soñar verse así? Palco en el teatro, y entonces era bien diferente de ahora, que cualquiera tiene abono... En fin, le aseguro que hizo suerte... Pues nada, no paró hasta matarlo á disgustos. Se las jugó como castillos. Primero tuvo que despedir él al ayuda de cámara, porque llegó á tanto el run... run... No quedaba perro ni gato sin soltar la suya; después, un verano, se fueron á la Masía, y no habían tenido tiempo casi de instalarse, cuando dieron la vuelta... por culpa de un capitán de migueletes.

—Vaya, pues la niña tiene á quien parecerse. El otro día oí algo de todo eso, pero no presté mucha atención. ¡Y lo que tiene el pensar mal! Se me figuró que hablaban de otra, de la de arriba.

—¡Uy, también, vaya un punto!

—¿La señora Paula?

—¡Una y otra... pshé, allá se andan!

—¡Se dicen de ella unas cosas por la vecindad!



«EL VIUDO DON JULIÁN HA CONTRAÍDO  
TERCERAS NUPCIAS...» ¿SE CASÓ MARÍA?



¡CALLA! ¡CALLA! ¿MARÍA SE HA CASADO?  
SÍ, SÍ, ESO DICE, «PARA SIEMPRE UNIDA...

—¡Ave, María purísima! ¡no se puede una fiar ni de la camisa que lleva!

—¡Ay, hijal cualquiera halla en estos tiempos un palmo... así, que esté limpio... Pero, perdone; me voy adentro, porque he visto subir á un amigo de mi esposo... tengo que darle un recado.

—Vaya con Dios. *(Para sí)*. Digan lo que gusten, antes tenían más vergüenza las gentes.

*(Sale otra vecina al balcón)*.

—¿Toma usted el fresco, señora Tecla?

—¡Hola, doña Ignacia! ¡Dios la guarde! He salido á respirar un poco y he charlado, no mucho, con la señora Marieta, que estaba sola, aburriéndose.

—Ahora nó.

—Sí, acaba de llegar un señor... ¿se ríe usted?

—Lo sé, lo sé, un señor... rubio.

—No le he visto.

—No lo dude, él, él. No sé cómo es tan torpe el marido. Por ese señorito rubio, íntimo amigo del es-

poso, se han separado ya dos veces. ¿No está usted enterada?

—¡Hija mía, es la primer noticia!

—¡Sí que es raro!

—Tan cierto como nos alumbra el sol.

—No, ya lo creo, ¿quiere callarse? Pero le aseguro que... no anda con tapujos ella; se conoce que es de las que todo se lo echan á la espalda... ¡Ay, pobre de mí! ¿A que se me quema el guisado? Vuelvo.

*(Se asoma la señora Paula á una ventana)*.

—Se debe de quemar algo, señora Tecla. ¿No huele?

—Sí, acaba de ir corriendo á la cocina la señora Menciona... Apostaría que...

—¡Ah! Yo había creído que la cosa era en sus hornillos de usted, y he pensado: déjame avisar.

—Tantas gracias.

—Si llego á saber que era cosa de ella, no me habría movido; no quiero tratos con semejante mujer.

## La Saeta

Figúrese que el otro día era sábado, y por más señas fiesta; y creyendo ella que me tocaba á mí limpiar la lámpara, hija, se me presenta decidida y con malos modos y con grandes aspavientos gritando que si esto, que si lo de más allá, horriblemente rabiosa. Como si á mí me importase algo... al revés, y luego que le correspondía á la muy bruja, que yo buen cuidado tengo cuando me toca: que no soy como ella; y de mí, en buen hora lo diga, gracias á Dios, ninguno ha tenido que decir nunca lo más mínimo. ¡Vea usted! ¡La escalera á oscuras! ¡Ay, señor, vaya si estamos frescos! Por eso desde aquel día dije ¿sí?, espera á que vuelva á abrirte la boca; no me gusta esa clase de gente. ¿No hice bien?

—Sí, son cosas...

*(Otra vez la señora Menciona).*

—Hija, todo quemado. Había hecho un guisote que á él le gusta mucho, y pensaba: dejarás que se vaya embebiendo el caldo, para añadirle agua: me distraje un poco hablando con usted, ¡y al demonio!

En un credo todo perdido; no se puede aprovechar ni esto... Se lo daré á un pobre.

—¡Ay! Ya no me acordaba que tengo aún que poner los garbanzos en remojo. No vaya á pasarse la hora. Déjeme ir para dentro.

*(Desaparece la señora Tecla).*

—Vaya, vaya.

—¡Qué trabajadora es la señora Tecla! ¿No es verdad, señora Menciona?

—Ciertamente que lo es, señora Ignacieta. Buena mujer, sino que se pasa el tiempo husmeando lo que hacen unos y otros.

—Mal hecho: no hay cosa que más me repugne!

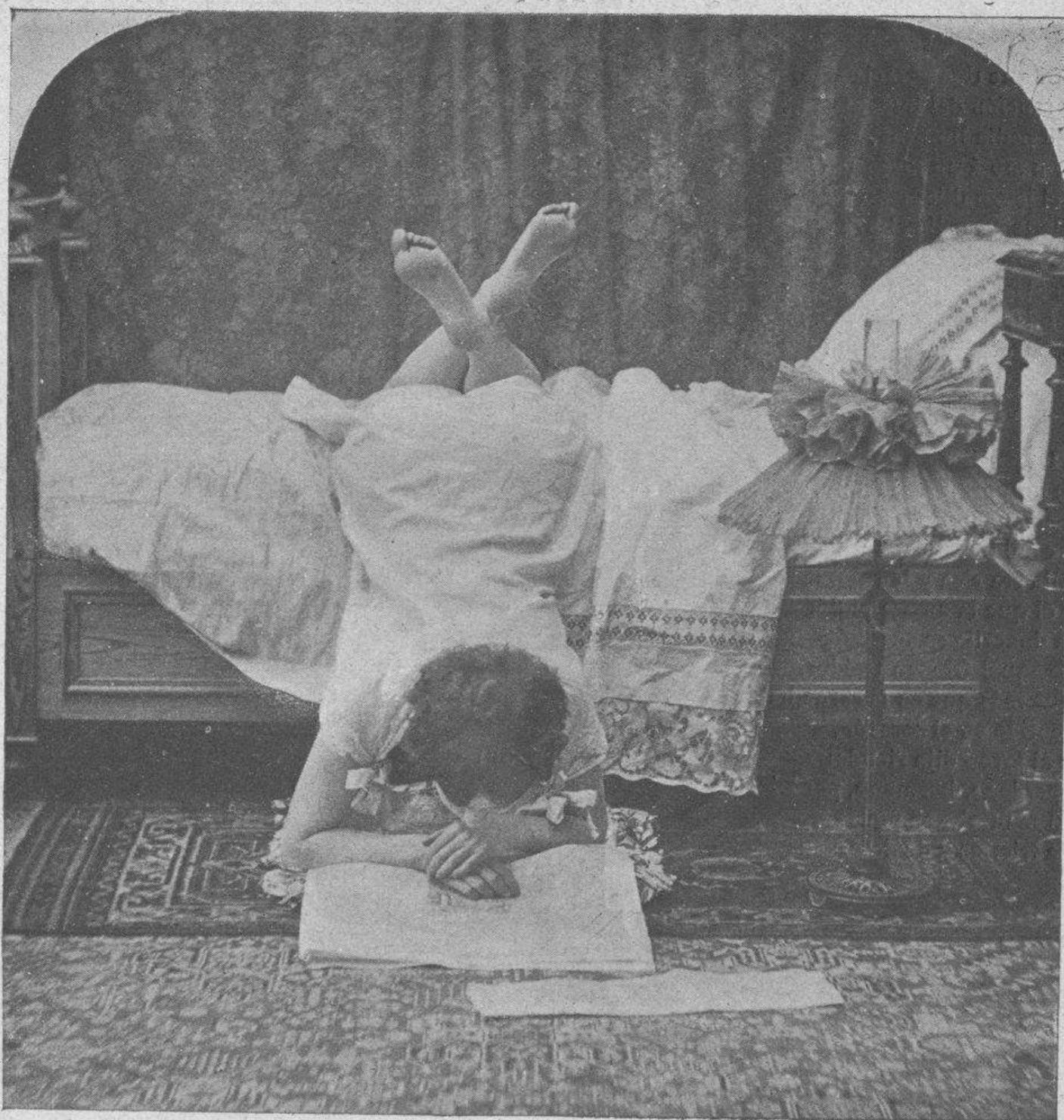
—Y lo que es buena mujer lo será, pero más valdría que en lugar de estarse bacheando en el balcón se limpiase un poco.

—No me hable; ahora mismo le estaba mirando los bajos del vestido que...

—¡Uf! Da grima verlos. ¡Y si supiera usted cómo tiene la cocina! Aquello es un podrido.



HA QUEDADO MARÍA DE LOS ÁNGELES  
CON... CON...» NO, NO ES POSIBLE, ILUSIÓN MÍA



«CON DON PEDRO BARRIENTO DE LOS PINOS»  
CON DON PEDRO, DIOS MÍO, MI CONQUISTA!

—¡Y se trae una lengua que... ya, ya!  
—¿También eso?  
—Parece que se caiga de un nido; pero es una má-  
tala callando...  
—Ciertamente, á veces las que se presentan con  
esa figura de gatita mansa...  
—Tendría usted que oír á la criada que he tomado  
ahora; sirvió algún tiempo en casa de la señora Te-  
cla y dice de ella unas cosas, ¡Virgen del Amparo!  
Se haría usted cruces. De usted también.  
—¿De mí?  
—También, también.  
—No sé; pero ninguna criada puede hablar de mí  
cosa alguna.  
—Es aquella criada bizca... ¿recuerda? Limpia y  
curiosa sí que lo es... ¡ah! y sobre todo muy callada;  
por eso me gusta. Pues ella me ha contado... por  
supuesto, embustes.  
—Ya me hago cargo.

*(Vuelve á salir la señora Manuela).*

—Algo sabe la señora Manuela de lo que digo.  
—Decíamos que la señora Tecla tiene una len-  
gua... que azusta.  
—¡Caramba! ¡La hubiesen oído hace poco! A mí  
me da asco por eso y por lo puerca.  
—Y abandonada...  
—Y escudriñadora...  
—Y que valdría más que callase...  
—¡Como que necesita á todo el mundo!...  
—Y de todo el mundo murmura.  
—¡Qué le haremos! Consérvense buenas. *(Se va)*.  
—Yo también me marchó. Pásenlo bien. *(Idem)*.  
—Abur. *(Idem)*.

*(Sale la señora Tecla).*

—¿Todas se han ido? ¡Qué tajo de murmuradoras  
y bachilleras! ¡Que se las compongan como gusten!  
Lo cierto es que conmigo no se meten.

*(Trad. de Clak.)*

ROBERTO ROBERT

## La Limosna

Sí que tiene gracia esto,  
la canción del buen pastor,  
ella pedía limosna,  
la mano á un joven tendió,  
y el joven dijo: «muchacha,  
que te remedie el Señor».  
La pobre niña llorosa  
en el camino quedó;  
el hambre la acongojaba,  
de frío temblaba al sol.

\* \* \*

La pordiosera rendida  
en un portal se durmió,  
y en sueños tuvo esta dulce  
y candorosa visión:  
Ella era rica y hermosa,  
y él que la amase pidió;  
la doncella se acordaba  
de aquel frío tan traidor,  
que más que en la carne había  
sentido en el corazón,  
y al joven dijo riendo:  
«perdone, hermano, por Dios».  
El mancebo se moría  
de tristeza y de dolor



y ella no quiso ser mala,  
y amorosa le curó.

\* \* \*

Despertóse la mendiga,  
y aun sentía frío al sol;  
matando la iba el hambre  
y muriéndose, aun oyó  
resonar en sus oídos:  
«que te remedie el Señor.»  
Crispó los puños airada  
y en las ansias se quedó.  
Sí que tiene gracia esto,  
la canción del buen pastor.

CARLOS SAMUEL



LA ORGÍA DE LA MARIPOSA

## DIÁLOGO CALLEJERO

**V**AYA usted con Dios, maestra, y ojalá se pierda usted. Ande usted mucho y no tenga usted para descansar más que una silla en que yo esté sentado. Es usted la chulapa más *marchosa* y pisando fuerte que yo he visto: si usted me quisiera, aunque no fuese más que tanto así... vamos, lo que se dice tanto así, era capaz de comprar toda la edición del *Heraldo*, para ponerlo allí en primera plana y que todo el mundo lo supiera. Si tiene usted un rato de sobra y quiere encargarse de un corazón más blando que la cera y más dulce que el turrón de coco, avíseme para que le dé mis señas, porque...

—Oiga usted, amigo; ¿tiene usted cuerda para rato?

—Madrina, todo esto me lo tengo callado desde que he nacido; conque, nada, señora, nada, figúrese si necesito años para desembucharlo.

—Pues que le oiga su abuela, que puede que la pobre señora no tenga nada que hacer.

—¿Que nó? Criar á su nieto, para que éste después salga á la calle á encontrarse personas como la presente, que, sin que sea exageración, es de lo mejorcito que ha nacido desde los godos acá.

—¡Oiga! ¿Usted será andaluz? ¡Vamos, de la propia Andalucía!

—¿Yo? ¡Cá! Soy de aquí.

—¿De aquí? De la calle de la Cruz.

—¡Jesús, qué gracia! Vaya un salero haciendo chistes. ¿Quiere usted que nos asociemos para escribir una piececita de esas de ahora?

—¿De veras? ¿Está el tiempo de queda?

—Lo que está es para que usted y yo nos metamos en el café de ahí enfrente, y nos tomemos café con media ó un *bisteque*.

—Ya había yo conocido que lo que usted necesita es alimentación.

—¿Yo? ¿Pero usted se ha fijado en mis carnes?

—Ni ganas. En lo que me he fijado es en ese puro que me está metiendo por las narices, y que huele *talmente* como si fuera un cadáver.

—¿Éste? Pues una breva de las que fumamos el emperador de Alemania, Reverte y un servidor.

—Yo creo que se ha confundido usted y ha encendido un travesaño de una silla. ¡Pues hombre! Aparte un poco esa chimenea, que parece usted el mixto de las siete y cuarenta, minuto más ó menos!

—¿Cuando digo que es usted la simpatía andando y que voy á quererla una barbaridad!

—No será la primera que usted haga.

—Lo que hago yo es terciarme la capa y ofrecerla un brazo para que se cuelgue de él.

—Ni que fuera una cesta.

—Y proponerla una fuga.

—¡Ay, sí! ¿De gas?

—De lo que usted quiera. ¿Usted será soltera?

—Casi.

—¡Pues, digo! ¿Usted será capaz de querer á un hombre?

—Hombre, en los días que tenga *desocupaos*, si no da mucho que hacer...

—Habrá días.

—Ni que pida cosas raras.

—Las establecidas en el Evangelio, el Código y demás papeles que se ocupan del asunto.

—Además, ¿usted tendrá para la *manuntención*?

—¿De usted?

—No, hijo; yo la tengo asegurada.

—Pues entonces...

—No; lo digo, porque á lo mejor hay individuos que todo son fachada y *postín*, y luego si se arriman á una mujer es para que los mantengan.

—¡Ah, ya! Pues si yo me arrimo, es para otra cosa.

—Y ¿se puede saber, si es que no le ofende, si tiene usted alguna ocupación?

—¿Ofenderme? ¿Quiere V. callar, señora? Vaya, yo, para servir á usted, estoy empleado en la buena *sociedad*.

—Pero, ¿hay algún empleo en eso?

—¡Digo, y flojo! Un servidor es el encargado de *tallar* de 12 á 2 de la madrugada en un círculo.

—Ah, *jurruwier*.

—Justo, ese nombre extranjero que V. pronuncia *talmente* como si hubiera nacido en París ó en Chicago.

—Es que una ha tenido su miaja de educación.

—¡Olé las personitas!

—Vaya, estuve dos meses con un joven de lenguas.

—¿Y qué hacía?

—¿Quién, él? Pues eso, intérprete de una embajada. ¡Ay, hijo, qué lengua la suya!

—Nada, que me ratifico en que V. y yo hemos nacido para querernos mucho y que si antes no nos hemos visto ha sido por una casualidad.

—Justo, ó porque V. haya estado en la cárcel.

—¡Hija, por Dios!

—Es que... ¡cómo á lo mejor el oficio de V. tiene esa quiebra!

—No lo crea V., conque ¿nos tomamos ese *cafetito* ú qué?

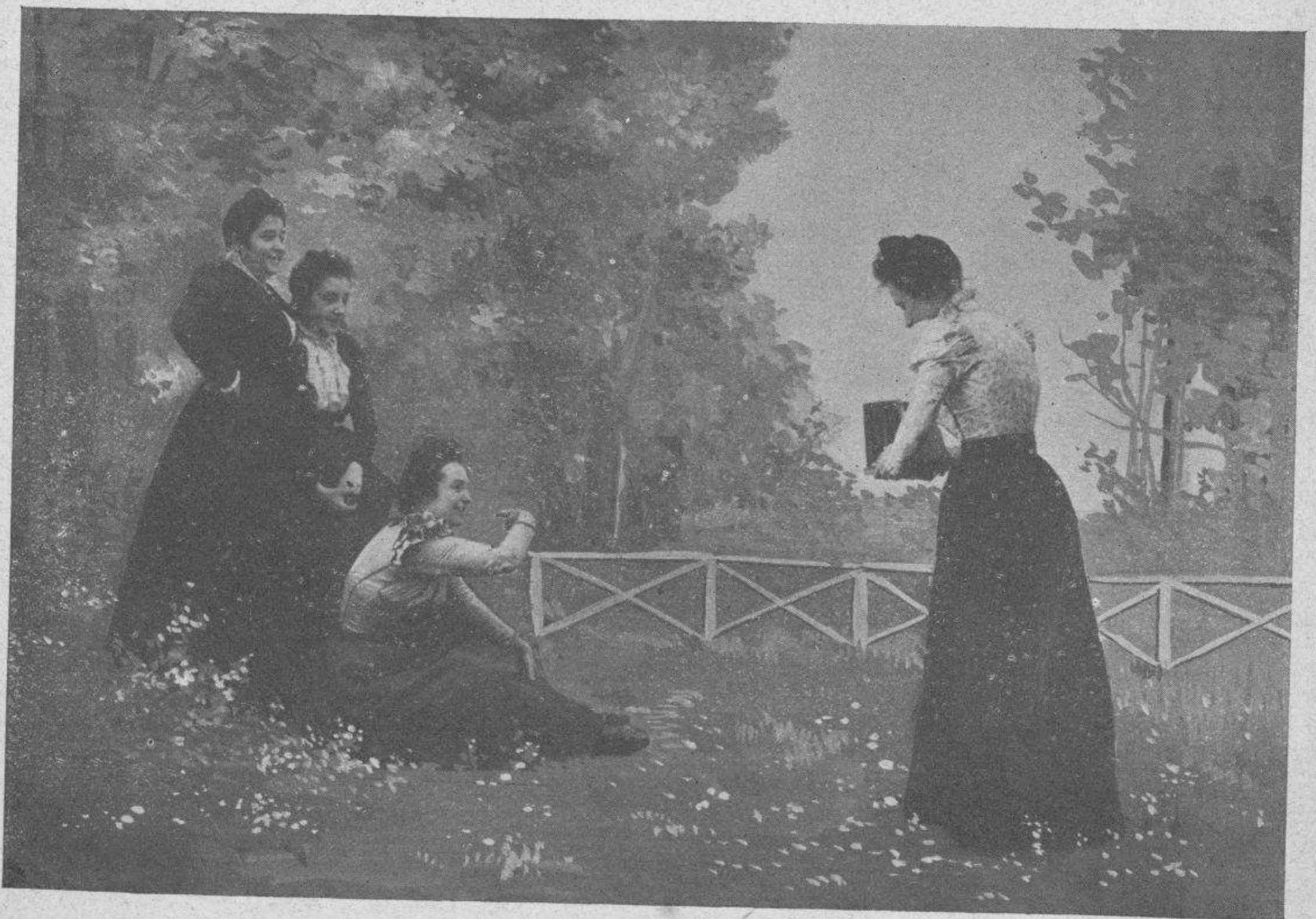
—No tengo ganas, pero puede quedar aplazado.

—¿Aplazado? Entonces lo que haremos otro día es marcharnos á las *Ventas* ó á la *Bombilla* y allí entregarnos al *jaleo* y á la *zaragata*.

—¿V. baila el *chotis*?  
 —Yo bailo hasta el de San Vito, y cuando llevo una pareja como V., me pongo á dar vueltas en un ladrillo y en media hora no salgo de él.  
 —¿Se atontará V.!?  
 —Ni pensarlo. Si nosotros nos bailamos el domingo próximo una habanera, hacemos que vaya al merendero hasta la Guardia civil.  
 —¿Para prendernos?  
 —Para contener á la gente, porque en cuanto que empiece á correrse por ahí la voz .. ¡van á ser chicas las apreturas!  
 —Sí que es V. *desagerao*.  
 —Conque, ¿en qué quedamos de eso?  
 —¿Del *chotis*?  
 —No, de lo otro; ¿lo tiene V. desocupado?  
 —¡Ah, ya! ¿el lado izquierdo?  
 —Justo.  
 —*Misté*, como *desocupao* del todo nó, pero hay un inquilino que da poco que hacer, y... ¡si V. se conforma buenamente con las condiciones!  
 —Con todas, sean las que fueren.  
 —Pues entonces, nada, pacto hecho, no hay más que hablar, una servidora tiene el compromiso de querer á un sujeto todos los días pares por la tarde. Fíjese, pares, precisamente.  
 —Entonces, al pelo, porque por las noches...  
 —Ah, eso nó, imposible de todo punto; por-

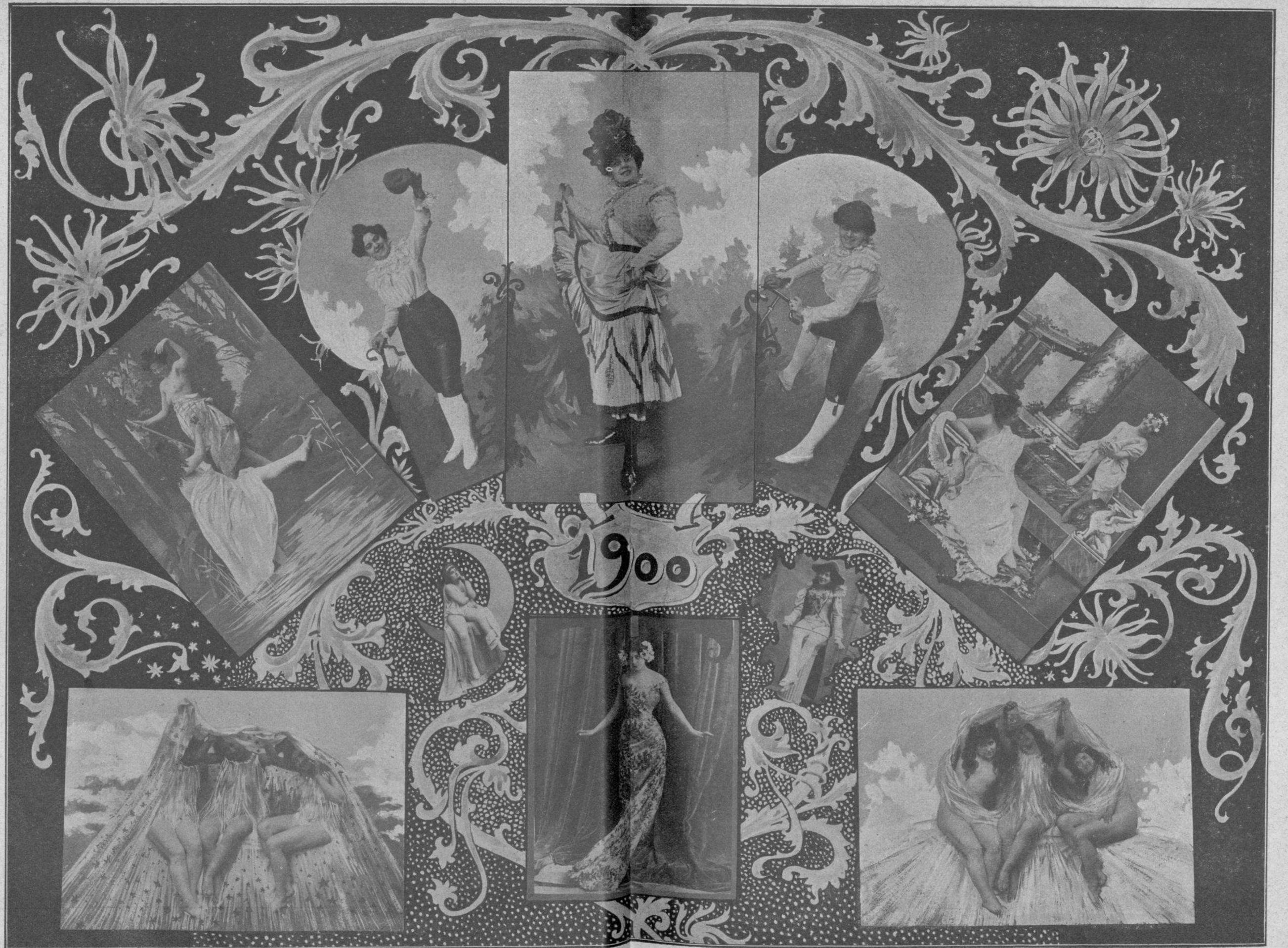
que hay otro amigo con el que estoy comprometida para las *soarés*.  
 —Pues hija, va V. á parecer el tranvía de Chamberí que siempre está ocupado.  
 —No sea V. *súpito*; podremos vernos los días nones.  
 —¿Por la tarde?  
 —Claro, hoy por hoy las tengo libres.  
 —Pues quedan apalabrados, pero de *veritas* ¿eh?  
 —Digo, como que estaba pensando meterme en las Arrepentidas los días esos.  
 —Pues ya no hay caso. ¿Hoy qué día es?  
 —¿Hoy? Me toca de sujeto.  
 —Entonces mañana.  
 —Mañana.  
 —¿Dónde?  
 —*Misté*, á las tres de la tarde en la fuentecilla ¿eh?  
 —Digo, allí estaré; antes falta el caño, que un servidor.  
 —Entonces hasta mañana.  
 —Adiós, reina; cuidado con faltarme.  
 —Descuide V.  
 —Acordándose del caño, se acuerda V. de mí.  
 —Vaya V. *descuidao*, *jurrupier*.  
 —Adiós salero, peseta columnaria.  
 —Abur.  
 —¡Olé!

AGUSTÍN R. BONNAT



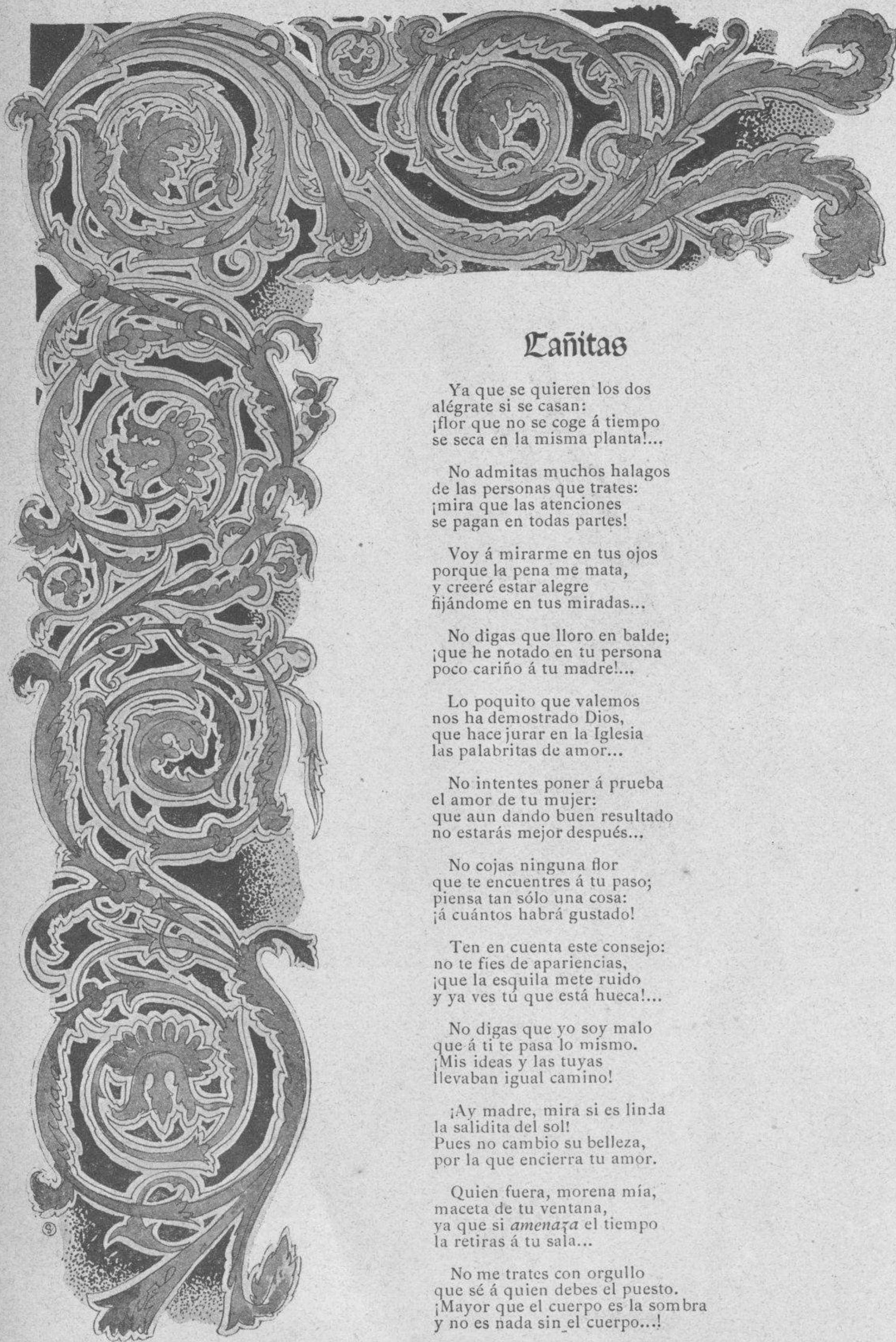
—¿QUIETAS, EH? NO OS MOVÁIS.

—¡DESCUIDA, CON UN FOTÓGRAFO SERÍA IMPOSIBLE, PERO CONTIGO NI PESTAÑEAMOS!



MESA REVUELTA

LA SAETA



## Cañitas

Ya que se quieren los dos  
alégrate si se casan:  
¡flor que no se coge á tiempo  
se seca en la misma planta!...

No admitas muchos halagos  
de las personas que trates:  
¡mira que las atenciones  
se pagan en todas partes!

Voy á mirarme en tus ojos  
porque la pena me mata,  
y creeré estar alegre  
fijándome en tus miradas...

No digas que lloro en balde;  
¡que he notado en tu persona  
poco cariño á tu madre!...

Lo poquito que valemos  
nos ha demostrado Dios,  
que hace jurar en la Iglesia  
las palabritas de amor...

No intentes poner á prueba  
el amor de tu mujer:  
que aun dando buen resultado  
no estarás mejor después...

No cojas ninguna flor  
que te encuentres á tu paso;  
piensa tan sólo una cosa:  
¡á cuántos habrá gustado!

Ten en cuenta este consejo:  
no te fies de apariencias,  
¡que la esquila mete ruido  
y ya ves tú que está hueca!...

No digas que yo soy malo  
que á ti te pasa lo mismo.  
¡Mis ideas y las tuyas  
llevaban igual camino!

¡Ay madre, mira si es linda  
la salidita del sol!  
Pues no cambio su belleza,  
por la que encierra tu amor.

Quien fuera, morena mía,  
maceta de tu ventana,  
ya que si *amenaza* el tiempo  
la retiras á tu sala...

No me trates con orgullo  
que sé á quien debes el puesto.  
¡Mayor que el cuerpo es la sombra  
y no es nada sin el cuerpo...!

J. ENRIQUE DOTRES

## Idilio de una noche

**N**o quiero escribir hoy como escribo otros días, en broma.

Aunque ya sé, por experiencia, que cuando pretendo ponerme grave, mi cara sería parece mueca de arlequín herido por el dolor. No importa: eso consiste en que conozco á la humanidad, en que la he sentido... y la siento todavía, á ratos, como cualquiera de ustedes siente un dolor de muelas. La humanidad, hablen como gusten los filósofos, no es más que eso: una muela que duele, que no tiene uno valor para arrancarla y que acaba por echar á perder toda la dentadura.

Digo, pues... y conste que en burlas ó en veras mis palabras son el puro evangelio (valga esta cita de campesino), digo que Pedro González vió á María Petrowna en el palco del Principal.

Le pareció guapa y... ¡Cristo, si lo era!, guapísima; yo, que soy muy delicado respecto á mujeres, le alabé el gusto. —¿La vió usted?, preguntarán los lectores. —Sí, tuve ocasión de admirarla; era una rusa que aventajaba á cualquier española en... en ser extranjera. De ojos grandes, abiertos, desmesuradamente abiertos; de tez muy blanca, finísima; de cabellos rubios, sedosos y ensortijados; alta, esbelta, majestuosa, reunía en su cuerpo todas las maravillas y todos los encantos de la mujer del Norte.

Tenía á su lado una especie de gigante barbudo; un hombre colosal, de estatura inverosímil. Estaban los dos muy serios, él inmóvil, como si fuese barro modelado por hábil escultor; ella no; la cabecita de Petrowna no se estaba un punto quieta; parecía juguete caprichoso sobre sus hombros.

Pedro González sintió algo así como una llamarada que daba en su rostro de improviso; sintió también que le ardía el corazón; verdad es que la naturaleza le había dotado de un corazón muy inflamable. Se levantó y salió á respirar el aire libre; el vientecillo húmedo le refrescó las sienes, pero no apagó el incendio. Cuando volvió al teatro se halló con una sorpresa. Donde hay amor hay sorpresas; la casualidad favorece siempre á los amantes, sobre todo en las novelas y los cuentos; pero por esta vez empeño nuevamente mi palabra, y digo que no invento cosa alguna. Ello es que Pedro González vió hablando, desde el pasillo circular de las butacas, á Enrique Luna con María Petrowna.

Pedro González corrió al encuentro de su amigo y exclamó:

—Señorita, perdone usted. Buenas noches, Enrique. ¡Oh, qué hermosa es usted, señorita! Dispéñeme este homenaje de admiración.

María Petrowna sonrió, pero no porque entendiera el entusiástico elogio, sino por el visaje con que acompañó el mancebo las palabras.

—Chico, no metas la pata. María Petrowna no entiende el castellano; habla el francés. Entremos; voy á presentarte para que no se ría de tí la gente; pero ten cuidado con el marido.

—¡Es casada!, murmuró Pedro González con desaliento.

—Sí; pero ¿qué importa?

Pedro González echó á su amigo una mirada feroz.

Se hizo el cambio de cortesías con toda gravedad. Después María Petrowna, que, además de guapa, era muy discreta, animó el palique hablando de España; estaba enamorada de su ambiente tibio y perfumado; de su sol; de sus gentes galanas, joviales, caballerosas.

—¡Oh, amigos míos!, concluyó, los españoles son deliciosos; en ningún país el hombre es tan galante para la mujer; los franceses lo son mucho, cierto; pero no son tan enamorados, tan ardientes, tan... religiosos en su culto.



—¿Y POR UNA PULSERA HAS REÑIDO CON ANTONIO?

—¡AY, HIJA MÍA, ES IMPOSIBLE DEJARLE MÁS CHUPADO!



AL BORDE DEL ABISMO

—Tanta verdad es eso que usted dice, María, que aquí tiene á mi amigo Pedro; le ha mareado la hermosura de usted. Y al saber que era usted casada, ¡virgen, cómo se ha puesto! Un francés habría dicho lo que yo le contesté: ¡qué importa! El español, ha sufrido en su alma un dolor horrible, horrible. ¡Por poco me pega!

Y sonreía diabólicamente.

Pedro González cerró los ojos, empezando á decir:

—Señora mía; princesa, reina, (porque yo no he visto majestad que le supere en hermosura), es cierto: me he enamorado ciegamente al verla á usted. Yo la amo, y no se ofenda usted por estas palabras de un loco que ya no tendrá sosiego ni dicha sobre la tierra; pero mi respeto es tan grande como mi amor; la hubiera yo querido soltera, enterita para mí...

Y bajaba la voz receloso. Sonriendo con travesura indescriptible, interrumpió María Petrowna:

—Mi marido no sabe francés.

—Oh, no importa. Viviré todo el resto de mi vida del recuerdo de esta noche; me creeré dichoso si usted me dice que de vez en cuando pensará usted en este hombre que se lleva grabada en su corazón con caracteres de fuego, indelebles, su memoria.

—Ciertamente, una mujer como yo no olvida nunca á hombres como usted.

Iba á empezar el acto; Pedro González y Enrique Luna salieron. En el pasillo Enrique dijo al torpe galán:

—Chico, perdona que te lo diga: eres un estúpido. ¿No te has fijado en la sonrisa de María Petrowna? Le hablabas de respetos al marido, de amor santo, puro... y María Petrowna no cree en los ángeles. Yo soy el amante... español de María Petrowna...

¿No les dije á ustedes que poniéndome serio mi cara parecería mueca de arlequín? Pedro González lleva hoy camisa de fuerza en un manicomio de la Península.

CLAUDIO UGENA



## La Conciencia

(Traducción de Víctor Hugo)

Quando huyó la presencia  
de Dios, Caín, cercado de sus hijos  
que ciñen toscas pieles,  
lívido y azorado, la violencia  
de la tormenta le azotó, y crueles  
penas sintiendo el hombre de la oscura  
sombra, llegó cuando la tarde muere  
al pie de un monte en medio á una llanura.  
Sin aliento sus hijos, fatigada  
su esposa fiel, dijéronle: «durmamos  
aquí, tendidos en la tierra helada».  
Y él, desvelado, al pie del negro monte,  
la frente alzó, y abierto  
vió en las nieblas del lúgubre horizonte  
ojo de fuego en su mirada fijo.

«Harto cerca estoy,» dijo;  
á su familia despertó temblando,  
y huyó á través de soledades frías,  
siniestro, treinta días  
y treinta noches, pálido, en silencio,  
estremecido al eco de la selva,  
sin descanso, sin sueño, sin camino;  
sin que á su espalda la mirada vuelva;  
hasta que al fin á las riberas vino  
de la tierra de Asur junto á los mares.

«Parad, dijo; yo aquí hallaré profundo  
descanso á mis azares...  
hemos llegado al límite del mundo.»  
Y cuando se sentaba  
vió en el cielo sombrío  
el mismo ojo fatal que le miraba.  
Sintió en sus venas el espanto frío:  
«¡ocultadme!» clamó con loco anhelo;  
y el dedo puesto sobre el labio, el hijo  
vió cual temblaba su feroz abuelo.

Caín dijo á Jabel, padre de aquellos  
que lentos siguen la variable senda  
que en el desierto trazan los camellos:  
«Corre hacia aquí los lienzos de tu tienda.»  
Y ellos corrieron el flotante muro  
fijo con plomos, que á su padre esconda.

«¿No veis ya nada?» díjole Tisila,  
la nieta, bella cual la aurora, y blonda..  
Y respondió Cain: «Ese ojo aun veo».  
Jubal, padre de aquellos que levantan  
de trompas y atambores clamoreo,  
«yo una barrera elevaré», le dijo;  
y alzó un muro de bronce, y él oculto,  
«siempre ese ojo, exclamó, tengo en mí fijo».  
Y Hanoch entonces: «fórmese de torres  
recinto tal, que aproximarse impida;  
una ciudad con ciudadela extensa,  
cerrándose con puertas la salida».  
Tubalcáin la edificaba inmensa,  
mientras que por los llanos  
de Seth y Enós los hijos, perseguidos  
eran con rabia audaz por sus hermanos.  
Arrancaban los ojos al viajero;  
y por la tarde, altivo, á las estrellas  
arrojaba sus dardos el guerrero.

Al débil lienzo reemplazó el granito,  
el hierro ató la piedra, y del infierno  
pareció la ciudad, cuyo circuito  
daba nocturna sombra á la campaña.  
Dió á todo el espesor de una montaña,  
y grabóse en las puertas: «Se prohíbe  
á Dios entrar». Cuando acabóse el muro,  
el padre fué encerrado  
de negra torre en el recinto obscuro;  
do lúgubre, aterrado,  
permaneció, y Tisila:  
«¿Desapareció ya el ojo, abuelo mío?»  
le pregunta, y contesta: «Su pupila  
aun me contempla con fulgor sombrío».  
Y añadió: «Bajo tierra  
quiero habitar; como en sepulcro helado,  
de nadie visto, mísero, me encierra»,  
y fué un hoyo profundo fabricado.  
«Bien está», dijo; y descendió en la sombra,  
sentóse, y ya cerrado,  
aun allí el ojo vengador le asombra!

V. W. QUEROL

## Veintiún días de pueblo

**T**ANTO me aseguraron que me iba á divertirme de una manera extraordinaria, que ofrecí acompañar á mis dos amigos á Mosqueruela, sito en el Bajo Aragón.

Como de esto hace ya muchos años, una barbaridad de años, el trayecto entre la ciudad del Cid y Castellón lo hicimos en un vehículo que, por lo lento, más parecía pereza que diligencia.

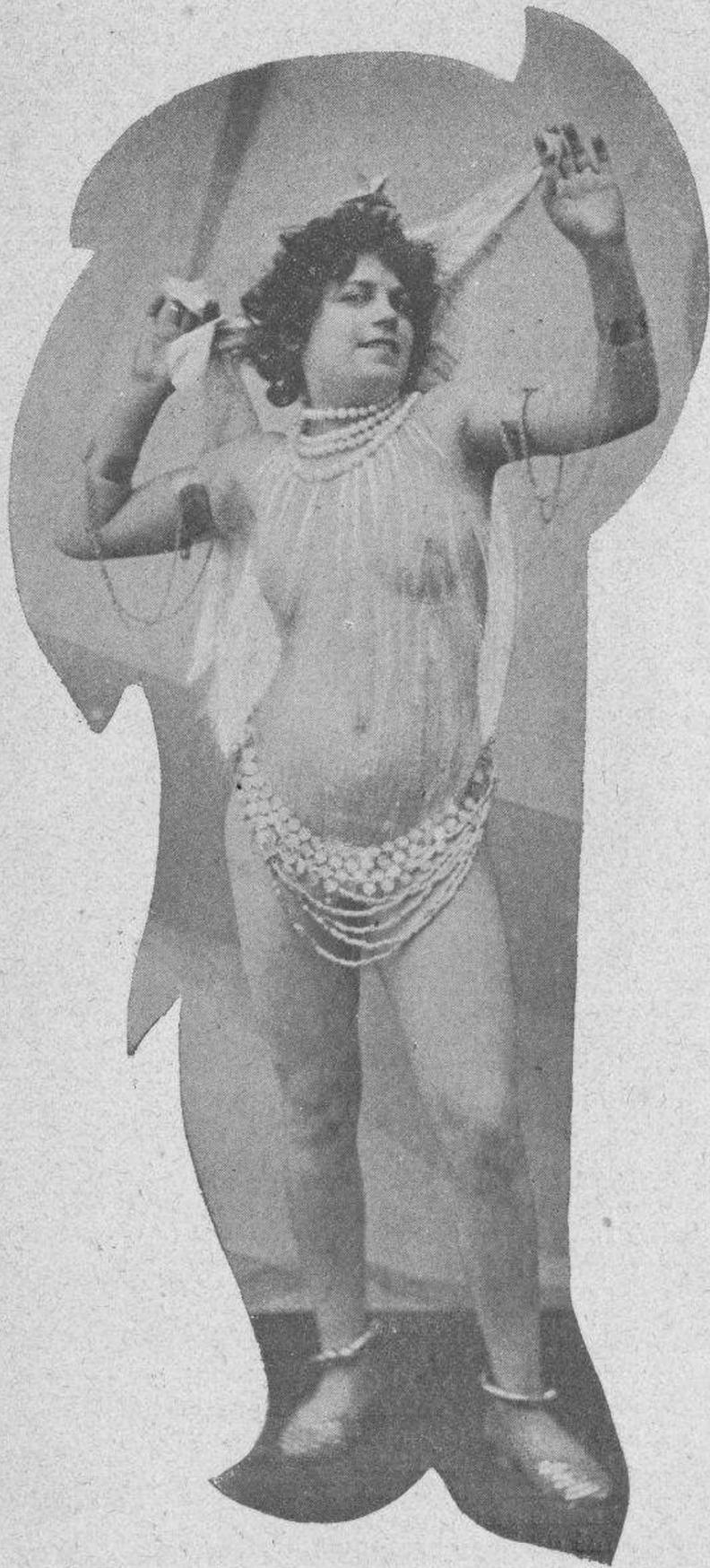
Allí ya empecé á divertirme algo, porque, como ocupaba un rincón de la berlina, tenía que soportar el aliento del zagal cada vez que se empinaba en la estribera, ó darle con las narices en el extremo inferior del espinazo cuando se sentaba en el pescante, porque si bien había muchos baches en el camino, en las ventanillas delanteras no se veía en cambio cristal alguno; y merced á esta compensación, más que personas en vecindad con sus prójimos, semejábamos los tres viajeros canes olfateando á sus congéneres.

Por fortuna, tal estado de cosas duró poco; y al medio día ya estábamos en Castellón, buscando inútilmente las acémilas que nos habían de conducir al término de nuestro viaje. Y no es que no

hubiésemos retenido las mulas con una semana de anticipación, sino que al arriero le salió *mejor carga*, y nos dejó plantados. Por fin dimos con unos machos que de no sé dónde sacó el banquero de nuestro guía, para quien llevábamos recomendaciones, y nos pusimos en marcha. Las pobres bestias habían llegado unas horas antes cargadas de tablones de pino; así es que, además de estar rendidas, iban aderezadas con unos aparejos muy parecidos á las planchas en que se tienen de pie en los circos ecuestres los titiriteros que hacen habilidades sobre el caballo; con la sola diferencia de llevar en el centro un lomo ó caballete que nos impedía sentarnos á mujeriegas y nos obligaba á tener las piernas como compás abierto en ángulo obtuso.

En tan cómoda postura, cabalgamos hasta la media noche, hora en que nos apeamos en la posada de Adzaneta, invadida por unos *caballeros* que todo lo comían y lo hablaban con ajo. Tomamos un pienso, porque la cena consistió en pan de paja y hierbas cocidas, y nos encaminamos á la habitación, en donde nos prometíamos resarcirnos de las penalidades de la jornada. La cama de nuestro *leader* estaba sobre una mesa que, por hallarse coja, habían encuñado con un ladrillo. Tenía por sábana una cosa que había sido mantel y que conservaba aún cárdenas huellas de peleón, y por almohada un saco relleno de cebada. La del otro compañero de infortunio, la formaba el arcón de los zagalejos de la ventera, cubierto con unas alforjas vacías, y por cabecera la capa del posadero. Mi lecho era de alfombra de cuadra; es decir, que lo componían haces de paja extendidos sobre los ladrillos y cubiertos con una camisa partida por la mitad, y perteneciente á la hija adulta de ambos cónyuges. Una silla puesta de bruces y con el respaldo metido entre el pavimento y *los colchones*, parecía indicarme que en ella debía reposarse mi occipucio: unas verdaderas camas, en fin, de plumas... de acero.

Qué fauna y qué flora no sorprenderíamos en ellas á la luz del candil que, en forma de sombrero á la Federica, alumbraba el recinto, cuando, sin dar descanso á los *corceles*, volvi-



EN EL SERRALLO

mos á tomar la medida de los aparejos con las piernas. Al anochecer del siguiente día nos apeábamos en el lugar en que tuvo sus reales D. Jaime el Conquistador, en cuyo palacio, según la tradición lo llama, recibimos albergue.

El *guía*, antiguo parroquiano de la localidad, se fué á saludar á sus conocimientos en lo que allí se apellida Casino, y que no es otra cosa que la morada de uno de los vecinos más acomodados, donde la gente se reúne después de la siesta y durante la velada. Allí se sirve chocolate con mojicones, por quince céntimos; agua de cebada, que en rama se trae del pe-sebre, por diez; y golosinas de diversa naturaleza, á precios módicos. El golfo es la diversión vespertina y el monte la nocturna. Entre los aficionados á la primera, figura un tío Pepe que está jugando desde que tiene uso de razón, sin haber ganado ni perdido un maravedí en su vida. Su sistema es muy sencillo: no acepta ningún envite; es mano y pasa con *cincuenta y cuatro* corridas. El jefe de la expedición nos propuso ganarnos el importe del viaje entre albuces y gallos, y le dimos facultades omnímodas para jugar aquella noche por nuestra cuenta, mientras nosotros reposábamos los entumecidos miembros.

A mí me tocó en suerte la cama en que había dormido don Ramón Cabrera cuando visitó el pueblo durante la guerra de los siete años. ¡Hermosa pieza! Aquello era una catedral, no sólo por su tamaño, sino por el orden arquitectónico de las columnas que sostenían su techo. Para acostarme, puse una silla á poca distancia de la basílica; tomé carrera desde el fondo de la habitación, y utilizando el asiento como trampolín, caí de un salto en el borde con medio cuerpo sobre el abismo. Hecho lo cual, ya no tuve más trabajo que encaramarme por una de las columnas, como quien sube á una cucaña, para conseguir apagar un cirio Pascual que, encajado á cuña en un blandón, tenía para alumbrarme. Cuando amaneció, ví que en un canto había un apagaluces; pero también supe que el apoderado había hecho

perder á cada uno de los poderdantes ciento cincuenta duros, lo que nos dejó á todos de muy mal humor y dispuestos á tomar la revancha. Porque hay que advertir, que el viaje de ida y vuelta, la manutención y las propinas, no sumaban más de veinticinco pesos; de modo que en lugar de ahorrarnos el importe de la expedición, habíamos satisfecho seis excursiones adelantadas.

Como era domingo, fuímos á oír misa y á ver salir de la iglesia á las muchachas, que son rollizas y mantecudas. Por ahí no andan mal. En la plaza fuímos presentados al clero parroquial, al maestro de escuela y organista, vestido de levita y con un sombrero de muelle como una torta, por faltarle ya varios aceros; al escribano, al cabo del puesto de la Guardia civil, á los ediles, á los arrieros más acomodados, y á la crema, en fin, de la localidad. Organizóse allí *ipso facto* una merendola para ir á comernos un *recental*, y dicho y hecho: en los postres se sirvieron barajas y no perdí más que quinientos reales.

Los festejos se sucedían sin interrupción, como las pérdidas. Ya era tirar á los vencejos, ya bailar en casa de fulano y al son de una guitarra, patrióticas convertidas en mazurcas, ya una cenita á escote con su indigestión correspondiente; pero sin que en ninguna parte dejara de versar á Jorge con la oreja á punto.

Yo, que no he cazado nunca, en primer lugar porque no sé, y en segundo porque no quiero matar á nadie, fuí convidado á una batida de conejos, en la que tomé sitio entre los ojeadores. Salimos del lugar veintisiete escopetas (porque los cazadores creo que se cuentan así) y más de treinta hombres para el acto de espantar á los animalitos con el estruendo de mazas, almireces,



DIVIRTIENDO AL SEÑOR

## La Saeta

tambores y demás instrumentos sonoros. A mí me tocó una pandereta, y la pandereta fué tocada por mí. Ibamos todos á pie menos los curas, que montaban en burros. Las doce eran cuando abandonamos nuestros lares, y las cinco cuando, para descansar de la caminata, emprendimos la tarea de atravesar romerales y espinos, á fin de conducir las piezas al sitio en que las esperaban los victimarios. A las diez ya me tocaba con la lengua la cadena del reloj, había perdido un zapato, tenía una manga de menos en el gabán, y aporreaba mi pandereta sin fijarme en que ya no tenía parche. Porque hay que advertir que esto pasaba en Agosto, y que una hora antes nos habían baido el terreno gentes más madrugadoras; por lo cual no cazamos nada y... nos divertimos mucho.

A las dos llegamos á la masada más próxima, en donde nos comimos un gazpacho y nos echamos á dormir una siesta; pero Jorge, incomodado sin duda de que no se le hubiera dado el tironcito de costumbre, armó á todos los masoveros con los despojos de nuestra orquesta, y rompiendo en un acorde infernal, nos despertaron, viéndonos acometidos por un toro que por vía de diversión nos habían soltado. Hubo corridas y revolcones; y no pudiendo conciliar ya el sueño... me ganaron cincuenta isabelinos. Ocho días estuve en cama con calenturas, de que conseguí sanar por no haber tomado felizmente los baños de piés que me recetó el médico.

Durante mi convalecencia, supe que el dueño de la casa, al derribar una pared para arreglar las habitaciones del primogénito que tomaba estado, había descubierto una cota de malla y un mandoble perteneciente al rey conquistador, amén de un arcón lleno de flechas de la guardia de ballesteros de D. Jaime, y otras preciosidades arqueológicas. Pregunté por su paradero, y se me contestó que del mandoble habían hecho cuchillos; del puño, chapas para jugar al caliche; de las flechas, juguetes para los muchachos, y del arca, leña. Me condolí de la incuria con el Cabo del puesto, que venía á verme á menudo, y me dijo que tenía razón, concluyendo por ganarme al golfo el dinero que había pedido á mi familia y que por la mañana me había entregado el ordinario, que era un mozo muy fino. Desde aquel punto prescindí de la revancha.

El primer día que salí á la calle hubo una partida de pelota en la Mayor del pueblo. Tomaba parte en ella cada atleta que de una bofetada descarrillaba á un mulo; y no obstante, para añadirse fuerza, se armaba, no del guante navarro, sino de una especie de medio coco gigantesco, cortado longitudinalmente y hecho de encina. En suma, un verdadero cazo.

Como hubiese en la puerta de la casa que nos servía de tribuna una gallarda moza, cerca de la cual me acurriqué, porque yo siempre he gustado de las buenas compañías y por eso no voy al teatro, al novio de la tal, contrincante de la parte aquende del partido, no debió gustarle acaso la aproximación: lo cierto es que aguardó su turno para el saque, y torciendo la dirección, me arrojó un pelotazo en el flanco derecho, que me dejó con la boca abierta y sin poder respirar. Cogiéronme entre dos y me llevaron de nuevo á la enfermería; pero no había hecho media docena de pasos, cuando una segunda bolea, dándome en la sien, me derribó sin sentido.

Me pusieron sanguijuelas, y en la semana que estuve reponiéndome, el Cabo no dejó de hacerme su correspondiente visita. Perdí á crédito; y en cuanto pude tenerme en pie, salí con mis compañeros, escoltados como unos malhechores por los hijos del *fondista*, que nos acompañaron hasta Castellón, para cobrarse los veinticinco duros que por barba debíamos de albergue y transporte. El Cabo me costó al cabo ocho mil reales nada más; pero me divertí. Desde entonces le hice la cruz al lugar y he mantenido mi palabra. El año 78, hallándome con licencia en la ciudad del Cid, vinieron los mismos amigos á proponerme otra excursión, y al momento telegrafíé al ministro que aceptaba el Consulado en China.

ENRIQUE GASPAS



—AQUÍ FUÉ...



La Saeta

UNA SOMBRILLA QUE SABE LO QUE TAPA



## Las Mujeres

### I

Gabinete de costura, alfombrado; decoración azul; muchos retratos en las paredes; unos al óleo, otros de fotografía. Sillas bajas, taburete, una marquesita, un sillón estilo Luis XV, dos mesas de ébano con incrustaciones, todo en gracioso desorden. Tres mujeres ocupadas en el arreglo de un traje. No hablan, lo cual es raro. En primer término, junto al balconcillo que da al jardín, SALUD, morena bajita, graciosa, veinticinco años muy monos; viste bata negra. Conversa animadamente con ANGELES LEVOY, mujer que frisa con los treinta y uno, alta, esbelta, rubia, mezcla de tipo español y francés, casi griega por sus líneas; traje de calle el suyo y capota puesta.

**Angeles.**—Es decir que...

**Salud.**—Que no me quiere; se enamoró de mí como pudo enamorarse de un dije para el reloj; de una sortija para sus dedos.

**Angeles.**—Tú tienes la culpa.

**Salud.**—¡Yo! ¿Que tengo la culpa yo? ¿No cumplo con mis deberes? ¿Y no le soy fiel... y cuidado, que en la esfera en que vivimos tú y yo no deja de tener mérito esto que podríamos llamar prudencia?

**Angeles.**—Sí, en nuestra esfera hay muchos peligros... Es decir, nuestra esfera es en el orden social algo así como el verano en la naturaleza: el verano da vida á muchos bichos; á toda especie de gusanos, de moscas, de moscones... Pero, eso que tú citas en tu abono, no te redime.

**Salud.**—¿Cómo? ¿Cómo? Mira, no te entiendo.

**Angeles.**—Como lo oyes. ¿Te figuras que basta con que la mujer conserve su recato, y sacrifique todas las inclinaciones á su dignidad? (*Sonriendo picarescamente*). Al hombre le gusta que la mujer sea honrada para todo el mundo; pero para él la quiere... desenvuelta, coqueta, cariñosa. Y nosotras sabemos serlo para los otros, para él nó.

**Salud.**—¡Pues mira que los hombres! Ahí tienes al mío; en todas partes se halla bien menos en su casa, todas las mujeres le parecen agradables y encantadoras menos la suya; se me figura que yo no

soy ningún ogro. Te digo que eso que á mí me pasa es horrible... horrible, cruel. (*Vuelve la cabeza para que las modistas no la vean llorar*).

**Angeles.**—¡Pobrecilla! ¿Le amas aún?

**Salud.**—Sí, francamente; le amo más que cuando me casé; me irrita su desvío... y al mismo tiempo ¿lo dirías? su indiferencia aviva en mi corazón la llama amorosa.

**Angeles.**—Es natural. Vaya, tranquilízate, pequeña. Tu marido está alejado, porque tú no sabes atraerlo. Yo te cazaré á esa fierecilla salvaje; verás como le domesticamos.



## La Saeta

### II

Salón de baile en casa de los señores de Xején. Angeles pasea cogida al brazo de Patricio Corona, marido de Salud.

**Patricio.**—¿Pero cómo se las arregla usted, Angeles, para estar cada día más hermosa?

**Angeles (sonriendo).**—Es usted incorregible.

**Patricio.**—Soy... soy... ¿quiere usted que le diga ingenuamente lo que soy?

**Angeles (fingiendo que se pone seria).**—¡Jesús, me asusta usted!

**Patricio.**—¿Tan fea es mi cara?

**Angeles.**—La cara no, pero el corazón puede que sí.

**Patricio (tristemente).**—¿Mi corazón? ¡Si usted viera cómo sufre el pobre! Es un corazón sensible, atrocemente sensible.

**Angeles.**—Demasiado. ¿Bailemos un poco? (*Ejecutan algunos compases de vals*).

**Patricio.**—Me aburre el baile esta noche; ¿quiere usted que demos una vuelta por el jardín?

**Angeles (riendo).**—¡Caramba, Patricio, no creí que fuera usted, además de libertino, poeta!

### III

Jardín extenso.—Andenes enarenados; bosquesillos; ambiente lleno de aromas, tibio. Hace luna. Patricio y Angeles han paseado breves instantes en silencio, abstraídos, graves. Se sientan en un banco rústico.

**Patricio.**—Yo no soy lo que parezco.

**Angeles (con frase precipitada).**—Es usted un ingrato. Tiene usted la felicidad en casa y va usted á buscar fuera el goce efímero; la ilusión así, es un fantasma que huye siempre cuando usted la toca con sus manos.

**Patricio.**—Hace un mes que me está usted sermoneando sobre el mismo tema; estimo en lo que valen sus sentimientos, pero su empeño resulta inútil, falla en esta ocasión.

**Angeles.**—Pues si usted no quería á su mujer cuando la enamoró, ¿por qué casarse?

**Patricio.**—Me casé como se casan muchos, si no todos: irreflexivamente; el aprendizaje del matrimonio no empieza, como debiera empezar, mientras uno es novio, sino después, cuando ya no tiene la cosa remedio. El novio tiene una venda en los ojos que no cae hasta muchos meses después de consumado el sacrificio. Yo no sé esto de quien es culpa, pero hay que aceptar las cosas como están estable-



—ME FALTA LA MONTURA, CABALLEROS

cidas en el mundo. Salud era, cuando la conocí, muy guapa, apetitosa...

**Angeles (interrumpiendo).**—Sigue siéndolo.

**Patricio.**—Conforme, lo es; pero no tiene otras gracias ni bellezas en su abono, y esas no atraen sino durante el período álgido de la pasión.

**Angeles.**—Pero usted ha dicho que hay que conformarse con los hechos consumados.

**Patricio.**—Con la desgracia, quise decir; es preciso tomar las cosas como vienen. Yo no protesto ni me rebelo; busco únicamente mi ideal, la satisfacción de las ansias de mi espíritu. Para éstas no sirve Salud.

**Angeles.**—Pero ¡qué inconsecuentes y déspotas son los hombres! Pues figurémonos, amigo mío, que Salud está en el mismo caso de usted...

**Patricio (sonriendo).**—No siga, adivino que es lo que va á decirme; una vulgaridad, y usted perdone; lo de siempre: que á la mujer no se le acusa de vicios y de crímenes que en el hombre son á lo más ligerezas disculpables; que éste acusa á aquélla cuando cae en las mismas faltas que él cometió. Pues bien, amiga mía; si Salud se enamora de otro, yo no pretendo erigirme en tirano de su corazón; que se

enamore en buen hora: lo único que le exijo es que no mienta, que no disfrace sus sentimientos, que sea franca...

**Angeles (riendo).**—¡Jesús, qué doctrinas; pero eso es absurdo, Patricio!

**Patricio.**—¿Por qué?

**Angeles.**—¡Que una mujer le diga al marido, así, clarito: «mira tú, chico, me hace mucho tilín fulanito de tal!» Tiene gracia, verdaderamente tiene gracia (*socarronamente*). Se le ha subido á la cabeza la poesía de la noche. Usted está malo.

**Patricio (levantándose).**—Sí, estoy malo, malito... y de una enfermedad, Angeles, que no cura en el mundo nadie más que usted.

**Angeles (sentada aún, riéndose; forman un grupo encantador iluminado por la luna).**—Pero qué chistoso está usted esta noche. ¿Quién le ha dicho que soy médico? ¡Cuando ni para *médica* serviría! Se hubiera usted reído viéndome de niña en el colegio; negada en absoluto para toda ocupación grave del entendimiento; el profesor decía que era imposible meterme en la cabeza los cinco dedos de la mano.

**Patricio (tristemente).**—No se burle usted. Soy yo hombre apasionado, no libertino; hombre que caminaba hasta ahora ciego por el mundo en busca de su ideal. ¿Mi ideal de mujer? ¡Si usted viera qué hermoso! Una mujer que no es... como las otras; que sólo á usted se parece.

**Angeles (poniéndose de pie).**—¡Yo, siempre yo!

**Patricio (apasionado).**—Usted, que no es alma mezquina ni torpe, encerrada en barro bellissimo, como otras damas y damitas de la alta sociedad; usted, que no es sólo guapa, sino que tiene talento; usted, que cuando quiere sublevarse contra su sexo, cuando tiene algún alarde varonil, es graciosamente, sin dejarse en casa el dulce y encantador *femenino*, tan adorable en la señora... que sabe ser señora; usted, que ha hecho un encanto más entre los muchos que reúne, un arte, de todas estas puerilidades y nonadas ricas de que está lleno el espíritu de la mujer...

**Angeles.**—¿Sabe que representa á las mil maravillas el papel de galanteador? Parece usted propiamente enamorado.

**Patricio.**—No lo parece, lo estoy. Me tiene usted loco... loco... loco.

**Angeles.**—No, no extraño que tenga usted ese partido entre ellas, tan... tan... (*pasean*).

**Patricio.**—¿Ellas? Yo no he amado nunca; las he perseguido, es cierto, pero ¿sabe usted por qué? Porque buscaba afanosamente un alma que debía andar confundida entre las muchas almas de la tierra; «esta será», decía, y á poco tropezaba con el engaño. «¿A ver esta otra?» Nueva desilusión. Era como el buscador de perlas que revuelve entre el

fango y va perdiendo las fuerzas y la vista en aquella lucha tenaz...

**Angeles.**—¿Y usted ha perdido todo eso también, nó?

**Patricio (sonriendo).**—Yo he guardado, sin gastarlas, todas las energías de mi corazón.

**Angeles (seria).**—¿Sabe usted que empieza á interesarme esa historia?

**Patricio.**—¿Y el héroe?

**Angeles.**—¡El héroe! El héroe, amigo mío... (*interrumpiéndose*). ¡Yo también he buscado por esos mundos á un hombre! (*Con reflexiva tristeza y delicado acento de nostalgia*).

**Patricio (alegre).**—Y ese hombre soy yo; le probaré á usted que soy yo, porque tampoco me parezco á los demás hombres... Verá usted, verá usted; podemos amarnos, encerrando nuestra felicidad dentro de nuestras almas, que son dos almas á quienes ha infundido á un tiempo mismo su soplo sublime Dios... (*Entran en un bosque de eucaliptus. Pasa una nube por el cielo, nube clara, que no hace más que entrevelar el astro de la noche*).

IV

Otra vez en el salón de baile. La orquesta ejecuta un vals voluptuoso. Patricio y Angeles pasan danzando vertiginosamente.

**Patricio.**—Quedamos, Angeles, en que...

**Angeles.**—En que es usted un pillo.

**Patricio.**—Y usted una mujer deliciosa. Mañana cerraremos el contrato, ¿nó?

**Angeles (riendo).**—Mañana. (*Se pierden en la balumba de la sala, confundidos con las demás parejas*).

V

Palco. [Baja el telón, y salen los hombres á fumar y charlar por los pasillos. Quedan solas Salud y Angeles.

**Salud (abanicándose, encendida, nerviosa).**—No me lo niegues. Acabo de verlo claro, y cónstete que tenía vehementísimas sospechas...

**Angeles.**—No te lo niego. Quise atraerte á Patricio, cazarlo para ti, y... he jugado con mi corazón; pero te soy franca, es que he visto en él un hombre distinto de los demás; no es malo, no es casquivano y ligero; la culpa de su abandono, de su desvío, es tuya, y nada más que tuya, que no supiste explotar las fibras sensibles de su sér. Te has figurado tú, como se figuran las más de las mujeres, que basta con ser esposa; nó, querida, es necesario también ser la amante del marido.

GUILLERMINA STOCK



¡VIRGEN, QUE LE PAREZCA HERMOSA!



## La Confesión de un Diablillo <sup>(1)</sup>



CHIQUITÍN como un ratón, vivaracho como un estornino, decía la gente que no le dejaba crecer la picardía. En casa, en el colegio, donde quiera que fuese, era imposible tenerle quieto ni callado; el hervor de la sangre le hacía saltar, no había potro posible para su pensamiento bullicioso. Con esta movilidad endiablada, á su alrededor danzaba todo; hombres y cosas no podían parar.

Sólo que... observadlo bien: veréis que esa vida, ese empuje del alma, engendra muchas más simpatías que la sola hermosura física. Y en estar dotado de esa gracia estribaba precisamente el encanto de Ricardito. Maldito si importaba que fuese rechoncho y cabezudo como un enano, ni que le afeara el estrabismo de sus pupilas: el exceso de su vida interior, la llama refulgente é inquieta de sus ojos dispare, la agilidad infatigable de su pensamiento rapidísimo y la picardía seductora que se dibujaba en sus labios, ¿no eran por ventura revelación encantadora de la inteligencia del muchacho?

Sin esta belleza del alma que ejercía sobre los demás un dominio casi despótico ¿cómo don Matías, un maestro de escuela tan retencioso y mirado en todas sus cosas, cediera á la ridícula pretensión que Ricardito le estaba exponiendo?

—¿Tú... tú... quieres confesarte? ¿No ves que eres el último de los párvulos, un tití zaragatero que, con



NARCISO OLLER

ser tan diminuto y saber apenas expresarte, con tu charla abrumadora ibas á armar dentro de la iglesia tal zarabanda que ni el mismísimo diablo? Esto de confesarse es muy serio, muy grave; no se inventó para muñecos de tu edad, que no tenéis concepto claro del pecado, ni de la atrición, ni de nada de lo que importa para acto tan grande. Imposible, Ricardito: no lo permitiré, exclamó don Matías, frotándose suavemente las antiparras con el pañuelo de hierbas que había tenido en el puño mientras perorara.

Pero Ricardito, plantado, como quien dice, debajo las rodillas de su maestro, muy estiradito y trenzándose los dedos de las manos que, según reglamento, debía mantener cruzadas á la espalda mientras le dirigía la palabra don Matías, esperó á que éste se pusiera otra vez las antiparras, y apenas notó que le veía bien, miróle á su vez con osadía cómica, dió una voltereta, levantando los brazos como un bailarín, y sorteando hábilmente el puntapié que pudiera recibir, respondió, estando ya á salvo:

—Pues iré, don Matías, pues iré.

Y vaya si fué; como que el mismísimo don Matías, tan alto y seriete como era, le llevó de la mano, presidiendo con su habitual prosopopeya la *fila de los mayores*. Y que le llevó, no de mala gana, y ni siquiera fingiéndolo, sino babeando de gusto, como si fuera el padre de la criatura. ¡Vaya!

—Porque vamos á ver, se había dicho él tras seriísimas reflexiones, ¿qué mal puede haber en que me lleve á ese diablillo á ver como los *mayores* practican? Otra cosa fuera, y ésta no me la perdonaba

yo, que tomando en serio su atrevido capricho, le condujese á los piés del confesor, tan chiquitín como es aún. Pero no se trata de esto, ni yo lo consintiera jamás. El es muy listo y... ¡vaya! que el buen ejemplo siempre aprovecha.

(1) Primera traducción hecha al castellano por el propio autor, el ilustre novelista catalán, don Narciso Oller.—N. de la D.

Pero ya en la iglesia, ni el ayudante ni el mismísimo director, con toda su autoridad y larga práctica del oficio, bastaban á fraccionar ordenadamente en tantos pelotones iguales como en número eran los confesores las inquietas hileras de muchachos que habían de confesarse. Este se les escurría por la derecha, aquél por la izquierda; saltaba uno del primer grupo á pedir el pañuelo de su compinche del grupo cuarto; otro de éste se mezclaba con los del tercero, mientras algunos del ídem se barajaban con los del quinto, del primero y del segundo, y hasta, una vez ordenados todos, había una de subir y bajarse de los bancos de espera y de ir y venir de un lado á otro los más inquietos, que no podían ayo y maestro perderlos de vista un instante.

— ¡Psit! ¡Silencio! ¡A ver esa devoción, ese recogimiento que les he predicado!, se atrevió á gritar don Matías, sin acordarse ya de Ricardito, que, desprendido de sus manos, se había confundido con los otros chicos y lograba fácilmente escapar á sus miradas.

Y así iba entretanto confesándose aquel colegio por partidas de á cinco muchachos distribuidos á otros tantos confesionarios, cuando de improviso el indómito é imponderable Ricardito, adelantándose á uno de los mayores que iba á arrodillarse, le toma el turno y ¡zas! ya le tenemos ante el confesor, erguido como un huso y persignándose.

— ¿También tú?, le pregunta el padre, sorprendido de verle tan pequeño y despejado.

— Sí, zeñor.

— Veamos, pues; ¿cuántos pecados traes?

El chiquitín se le queda mirando, y sonriendo maliciosamente contesta:

— ¡Oh! ¿y tú?

— ¿Cómo yo?, exclama el confesor conteniendo á duras penas una risotada. Yo no he de decirte los míos; tú, tú has de confesarme los tuyos. Veamos: ¿quieres mucho á tus papás?

El pillín aquel hace que sí con la cabeza; mas en seguida añade:

— ¿Y tú?

— ¡Qué diablillo! Pero si no es eso; quien pregunta soy yo, repetía el cura. Tu misión es responder. Veamos: ¿eres buen muchacho?

El chiquitín tornaba á hacer que sí, que sí con la cabeza.

— ¡Así, hombre, así! Veamos: ¿dices mentiras? Muchas, ¿verdad? Contesta, angelito, contesta.

— ¿Y tú?

— ¡Otra vez á las andadas! Hombre de Dios, yo nó.

Pero el diablillo aquel se queda mirando al confesor con la desconfianza más delatora y graciosa del mundo, y exclama:

— ¡Embusteeero!...

NARCISO OLLER



— ¡LA SAL QUE YO ME TRAIGO!





LA ISLA IMANTADA.—ATRAYENDO Á LOS BUQUES

M. FLING (REPRODUCCIÓN ARTÍSTICA)

## LO DE SIEMPRE

Luis vivía una vida licenciosa, extremadamente licenciosa, bohemia, de vicio y disipación continuada en los garitos, entre los de su calaña, que le explotaban de modo lamentable, sin darse cuenta: una vida, en fin, que á durar mucho conducíale sin remedio á la bancarrota, á la ruina más horrible, á la miseria, al suicidio acaso.

Su padre había dejado bienes de fortuna bastantes para que viviera despreocupado de las luchas y privaciones que tiene que sostener quien no goza del privilegio de contar con un padre rico, creyendo quizá el pobre viejo, que Luis seguiría en todo las máximas y los consejos que había recibido de él durante los últimos años. Pero el hijo, en cuanto se vió libre de trabas y en posesión de la cuantiosa suma, optó por entregarse á los desórdenes de la crápula, sin parar mientes en lo que le había oído decir en muchas ocasiones á su padre.

—Esas son cosas de viejos, de antiguos, que no han conocido en su juventud la vida moderna, decía para sus adentros.

Y con esta idea, empezó por instalarse en un magnífico hotel con una actriz llamada Julia que gozaba cierto renombre entre las gentes de *tablas* y que aceptó solícita la ocasión que se le presentaba de abandonar el teatro, donde no cosechaba más que desazones y muy poco dinero, por la vida elegante y rumbosa que le podría proporcionar Luis con su fortuna.

Así vivieron felices, Luis y Julia, durante algunos años: él queriéndola cada día más, pensando que el amor de ella era desinteresado y puro á pesar de sus aficiones anteriores; y Julia gozando y haciendo la *vista gorda*, para no turbar la paz y tranquilidad que le rodeaba.

Llegó un día en que la suerte fué tan adversa para

Luis, que dejó en el tapete verde lo poco que le quedaba de la herencia de su padre, y volvió á casa triste y pensativo. Era una madrugada del mes de Enero fría y lluviosa, y Julia dormía acurrucada entre las sábanas de la cama el sueño de los seres felices.

Acercóse Luis de puntillas y la llamó.

—¡Julia!... ¡Julia!...

Esta no hizo movimiento alguno, pero entreabrió los párpados. Al verle, comprendió por la expresión, que algo grave debía ocurrir, pero no se mostró extrañada.

—¿Eres tú? ¿Qué quieres? ¿Para qué me despiertas?, preguntó.

—Para decirte una cosa horrible... Me he arruinado.

—¿Te has arruinado? ¿Y qué? Mira: no te apures por eso; yo te seguiré queriendo, aunque la carencia de dinero nos haga vivir en adelante con más modestia.

Aquellas palabras de Julia, dichas con la ingenuidad de una niña amorosa, que no aspira más que á amar y á ser amada, tranquilizaron de tal modo á Luis, que le dió un beso, se desnudó y al poco tiempo dormía feliz y risueño.

Al despertarse, cerca del medio día, Julia no estaba á su lado. Se levantó y preguntó á los criados.

—La señorita salió muy temprano; dijo que no volvería hoy á comer, y que en su gabinete-tocador dejaba una carta para usted, le contestaron.

Luis corrió al tocador de Julia. Rompió el sobre y leyó en un pliego de papel perfumado:

—«Adiós, Luis; te dejo y puedes volver por el desquite.»

—Al fin... *eso*, murmuró dejando caer el papel.

CARLOS RÍA-BAJA



—¡EH, MUCHACHAS, VAYA UN MODO DE RETOZAR! VEAMOS SI PAGARÉ YO LOS PLATOS ROTOS

## ¡Depito! ¡Regalíz!

CRÍTICO INCIPIENTE

**M**IRA, Agustín,—dijo doña Regina á su esposo;—es necesario que busques ocupación para el chico, porque el estudio de la carrera le deja muchas horas libres y no hace

más que gastar dinero. Ayer, no pudiendo sacarme un céntimo, fué y empeñó el retrato de tu madre.

—¡El retrato de mi madre!



DELANTE DEL OBJETIVO

—Sí, no quería decírtelo, pero un día ú otro hubieses echado de ver la falta.

—Tú tienes la culpa, por haberle mimado. ¡Dónde se ha visto! ¡deshacerse de su abuela! Lo que más aprecian todos los hombres de talento. En cuanto le vea le voy á llenar la cara

de tortas. Va á parecer una tahona en día de verbena...

—Agustín, no te sulfures. Tú también has sido estudiante. Acuérdate que un día redujiste la trenza de tu hermana á metálico, después de haberla cortado violentamente.

—Aquello fué... buscando mi salvación, huyendo de la ociosidad que es la madre de todos los vicios, vendí la trenza y compré un tratado del Juego de tresillo. Pero él... ¿quién sabe lo que habrá hecho del dinero?

—Puede que haya jugado, y en este caso te lleva ventaja, porque ya no necesita trataditos.

—Todo eso está bien, pero te aseguro que hoy dejo á tu hijo desconocido.

—Lo mejor es que le llames, y le hagas las reflexiones oportunas. Que escriba en los periódicos.

—¿Que empiece á hacer víctimas antes de doctorarse, no? Bueno, que venga.

\* \* \*

—Mira, Pepito, el pan está por los cielos, el aceite por las nubes, la carne á la altura de la luna, y tú entretanto ¿en qué piensas?

—En que debí estudiar para astrónomo.

—Déjate de chanzas. ¿Quieres ser periodista? Soy íntimo amigo del director de *El Ripio*, periódico de importancia, donde colaboran la mayor parte de nuestros zarzueleros, y creo que no ha de desairarme.

A los pocos días desempeñaba Pepito una plaza de crítico teatral. Por supuesto, como meritorio. Lo que más le halagaba era el poder ejercer la crítica. ¡Cómo regeneraría el Teatro con sus escritos! ¡Cuántas tiples le brindarían su amor! ¡Con qué admiración le saludarían los cómicos! ¡Y... quién había de decirle que no escribiría más que un artículo!

Creía él que ser crítico consistía en pegar fuerte y descaradamente y en decir que éste ó el otro cómico no estuvieron á la altura de su papel, y con este prejuicio rompió lanzas hablando de Doña Juana la Loca, y al primer actor le dijo que tenía más de Felipe que de hermoso, y á la dama que parecía loca de veras.

Quedó satisfecho de su labor, y por la noche se dirigió al teatro para ver qué impresión había producido. Tropezóse en seguida con el primer actor, quien le soltó dos ó tres frases fuertes; el chico quiso insolentarse; de las palabras pasaron á las obras y se armó una bronca fenomenal; los hombres se esforzaban en separarles, lloraban los niños, el traspunte chillaba, sin que nadie le atendiese, y la única mujer que no se desmayó, pidió cuatro pesetas á su novio, para agua de azahar.

El crítico incipiente salió mal parado de

aquella reyerta, tanto, que cuando llegó á su casa, el vigilante no quería abrirle la puerta, porque no le conocía.

¡Qué disgusto el de doña Regina, cuando vió á su hijo, con aquella cara, que parecía un almacén de drogas!



—¡A VER ASÍ QUÉ HOMBRE ME ATRAPA!

—Pepe mío,—le dijo,—tú no escribes más; yo misma presentaré tu dimisión al director del periódico.

\* \* \*

Por exigencias de doña Regina, renunció Pepe á su difícil misión de ilustrar á los actores, y en pago de este sacrificio, su madre, que antes se mostraba exigente con él, le proporcionaba cuantos gustos apetecía, con tal de que no hablase de teatros ni con los amigos.

La buena señora, llevada de su amor maternal, creyó en vista del primer fracaso que su hijo iba á perecer á manos de cualquier cómico y verdaderamente no había motivo para tal temor, porque ¡cuántos parlotean en las revistas de teatros, sin más conocimientos que los de Pepito, y desgraciadamente viven!

F. CUENCA PI

# Miscelánea

¿Conque han quedado ustedes complacidos? Yo pondría aquí todas esas frases obligadas elogiando el número presente, pero, con franqueza, no me atrevo á ser inmodesto: no me cabe duda: les ha gustado, ¿verdad?

Acaba de publicarse el tomo siguiente á «La Estafeta Romántica», titulado VERGARA, de B. Pérez Galdós, continuación de los EPISODIOS NACIONALES.

La anticipación con que se ha preparado este número, me impide hablar extensamente hoy, y como merece el libro, de la citada obra. Sin embargo, no he podido resistir á la tentación de ofrecer á ustedes un fragmento, que juzgo de oportunidad y que seguramente me agradecerán mis lectores.

Hemos dado principio á las tareas del año XI, y conforme á nuestros propósitos, seguimos introduciendo las mejoras que nuestra publicación va exigiendo. Creemos interpretar el gusto del público, que responde con nunca desmentido interés á nuestras iniciativas.

Excusamos los anuncios pomposos, y preferimos que nuestros favorecedores nos agradezcan la sorpresa.

El trágico Crebillón estaba siempre rodeado de una trailla de perros, por lo cual le preguntó uno de sus amigos qué placer encontraba entre semejante sociedad.

—¡Ah!, respondió el poeta; desde que conozco á los hombres, me he decidido por la sociedad de los animales.

Un alcalde, que por lo visto era la única persona de su pueblo que poseía calendario, hizo pregonar el siguiente aviso:

«Con permiso de S. M. el Rey, que Dios guarde, mañana á las cinco en punto de la tarde se oscurecerá el sol completamente. Hágase saber esta noticia á todos los vecinos del pueblo para su tranquilidad, pues este fenómeno no es fenómeno, sino un hecho muy común en los países civilizados.»

La novia de Pepe Juan hoy borda un juego de cama que ha de resultar muy lindo según afirma su hermana.  
A Pepe Juan le han mostrado ya concluida una sábana, y así le dijo la novia al oír de él alabanzas:  
—¡Cuando tú veas mi juego se te va á caer la baba...!

MORENO

—Mírala, ¡qué airosa!, ¡qué elegante es! Siempre que la encuentro, un impulso irresistible me obliga á seguir sus huellas, y al fin acabaré por hacer alguna barbaridad.

—Hombre, ¿cuál?

—Retorcerle el pescuezo á su madre y casarme con ella.

—Eso serían dos barbaridades, á la que harías bien en añadir una tercera, pegándote un tiro después.

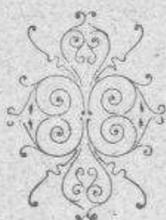
## LA SAETA

desea á sus lectores un feliz año nuevo

# CRÈME SIMON

à la glycérine

POUDRE  
DE RIZ SIMON



SAVON  
A LA CRÈME SIMON

Maravillosos para la

TOILETTE DIARIA

Preservan el rostro de las influencias del FRÍO, del SOL, ó del aire del MAR. Blanquean y suavizan divinamente el cutis

J. SIMON ♦♦ 13, Rue Grange-Batelière, 13 ♦♦ PARIS

Tipolitografía Seix: Calle San Agustín, 1 á 5.—Teléfono número 3541.—Barcelona (Gracia)





# La Saeta



20 cénts.

Núm. 477

